FEREDIT
Fondo editorial
Red de investigadores de la Transcomplejidad

Transcomplejidad y Sociopolítica Educativa

Crisálida Villegas González

Transcomplejidad y Sociopolítica Educativa
Crisálida Villegas González
Colección: Educación y Pensamiento Latinoamericano
Primera Edición, agosto, 2025
Depósito Legal: **AR2025000169**
ISBN: **978-980-456-006-4**

Reservados todos los derechos conforme a la ley
Se permite la reproducción total o parcial del libro, siempre que se indique expresamente la fuente

Libros@Red de Investigadores de la Transcomplejidad.
https://reditve.wordpress.com
Rif: J403566976

Portada: Copilot
Revisión General: Marluis Brizuela Ayala

AUTORIDADES REDIT
Dra. Crisálida Villegas
Presidente
Dra. Nancy Schavino
Vicepresidente
Dra. Mary Stella
Directora de Administración
Dra. Alicia Uzcátegui
Secretaria

FEREDIT
Dra. Sandra Salazar
Directora
Comité Editorial
Dra. Betty Ruiz
Dra. Rosana Silva
Dra. Evelyn Ereú
Dra. Miozotis Silva
Dr. Arturo Dávila
Dr. Renne Pérez

TRANSCOMPLEJIDAD Y SOCIOPOLÍTICA EDUCATIVA

ÍNDICE DE CONTENIDO

		pp.
	Presentación	07
I	**Acercamiento a la sociopolítica educativa**	15
	Sociopolítica educativa	16
	Contextualización transcompleja de la realidad investigativa	21
	Transcomplejidad del estudiante universitario	47
II	**Revisitando el pensamiento transcomplejo**	55
	Complementariedad	57
	Mirada transcompleja	65
	Intercolaboración	76
	Conocimiento transcomplejo	81
	Investigación transcompleja	87
	Matriz transcompleja	99
	Un nuevo lenguaje	104
III	**Sociopolítica Educativa SPCHEAL**	109
	Visión desde las ciencias naturales	110
	Visión desde las ciencias sociales	118
	Visión desde las ciencias humanas	138
IV	**Participación de Investigadores**	157
	Aportes y Reflexiones	158
	Interrogantes y más reflexiones	168
	Referencias	198

ÍNDICE DE FIGURAS

No.		pp.
1	Libros que evidencian el nacimiento de la transcomplejidad	11
2	Libros que evidencian la evolución de la transcomplejidad	13
3	Ejemplo de caracterización de la realidad de investigación	28
4	Estudiante transcomplejo	49
5	Libro de transepistemología de la IT	64
6	Mirada transcompleja	66
7	Libro de Transeducación	75
8	Libro comprendiendo la transcomplejidad	81
9	Libro Perspectiva Transcompleja de la Tecnociencia, Sociedad e Innovación	85
10	Libro Vías Investigativas de la transcomplejidad	97
11	Libro ¿Cómo hacer una investigación transcompleja?	100
12	Pensamiento y Lenguaje Transcomplejo	107
13	Libro Ciencias duras y transcomplejidad	111
14	Libro Ciencias blandas y transcomplejidad	137
15	Libro Ciencias Espirituales y Transcomplejidad	140
16	Visión transcompleja de la sociopolítica educativa	152

ÍNDICE DE TABLAS

No.		pp.
1	Disciplinas y ramas de la computación	115

PRESENTACIÓN

La obra surge como fruto de una conferencia desarrollada en el marco de las Jornadas “Sociopolítica Educativa: Visión Transcompleja” celebradas entre el 3 y 31 de julio de 2025. Dicho encuentro fue organizado conjuntamente por la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL) y la Red de Investigadores en Transcomplejidad (REDIT), bajo la iniciativa del Dr. Jimmy González Montero, en el contexto de la Cátedra de Sociopolítica y Educación perteneciente al Programa Doctorado en Educación.

En virtud de lo anterior, la primera parte de esta presentación fue asumida por el docente previamente mencionado, quien tuvo el honor de destacar la presencia de la Dra. Crisálida Villegas, presidenta de la Red de Investigadores en Transcomplejidad (REDIT). Su participación engalanó el espacio académico y suscitó profundo orgullo entre los asistentes, al compartir saberes en

torno a un tema de singular riqueza: la visión transcompleja de la sociopolítica educativa.

A la Dra. Villegas se le otorgó el más alto reconocimiento por su invaluable contribución en este campo, que como bien señalan diversos actores ha sembrado una fecunda inquietud investigativa que continúa ampliando las fronteras del pensamiento educativo.

En nombre de la Red de Investigadores en Transcomplejidad (REDIT), la Dra. Villegas expresó su profundo agradecimiento por la oportunidad de participar en este valioso intercambio de saberes. Al mismo tiempo afirmó: que todos los presentes son invitados permanentes a la REDIT, reafirmando el carácter abierto y colaborativo de la red.

Como punto de partida de su intervención, extendió una invitación a escuchar y leer el contenido de un vídeo que ofreció como una introducción significativa al enfoque transcomplejo, enmarcando así un diálogo desde una perspectiva integradora y transformadora.

Siguiendo esta línea de pensamiento, cabe preguntarse: ¿Qué es la transcomplejidad? Se trata de una idea – fuerza, un constructo epistémico gestado en Venezuela, específicamente en los fértiles valles de Aragua en San Joaquín de Turmero.

El desarrollo ha sido impulsado por un colectivo de investigadores comprometidos con la transformación del pensamiento, entre quienes destacan los doctores Crisálida Villegas, Nancy Schavino, Jorge Rodríguez y Antonio Balza, entre muchos otros. Tal es la amplitud del grupo, que resulta complejo mencionar a todas las voces que conforman la Red de Investigadores de la Transcomplejidad, REDIT, expresión viva de un pensamiento en constante evolución.

En el marco de la Red de Investigadores en Transcomplejidad (REDIT), la investigación se constituye como una práctica constante, una pulsión colectiva que articula saberes y convoca encuentros. Es precisamente ese deseo de indagar, reflexionar y construir conocimiento lo que da sentido a estas

reflexiones, orientada a enriquecer la educación venezolana, latinoamericana y, por qué no, la del mundo entero.

El primer elemento destacado en el vídeo es el origen del pensamiento transcomplejo en el estado Aragua, cuna de una propuesta intelectual que enaltece el tejido epistémico venezolano. Este hecho constituye un motivo de legítimo orgullo, al revelar la potencia creadora de nuestras raíces. En este marco, se torna pertinente evocar una breve historia narrada en múltiples ocasiones que ilustra el devenir de esta visión, sus orígenes y el sentido profundo que la anima.

Es así como un grupo de académicos, incluidos algunos ya mencionados, participamos en una formación posdoctoral sobre educación. Los trabajos realizados dieron origen al libro **Cosmovisiones de la Educación en el Contexto de la Transcomplejidad**, donde esta noción fue asumida como expresión de diversidad. Aunque fue la primera aproximación al término, durante el proceso

no se abordó directamente su contenido. Por eso siempre afirmo: que la transcomplejidad llegó a nosotros, antes que nosotros a esta.

Figura 1. Libros que evidencian el nacimiento de la transcomplejidad

A partir de esa fecha se emprendió una búsqueda sistemática para consolidar los fundamentos del pensamiento transcomplejo. Como fruto de este proceso, a finales de 2005 se consignó a la editorial el segundo libro **La Investigación: Un Enfoque Integrador Transcomplejo**. Este hito marcó un avance significativo en la conceptualización epistemológica y es por ello que

este año celebramos el vigésimo aniversario de la Red de Investigadores de la Transcomplejidad (REDIT), símbolo de una trayectoria que continúa expandiendo sus horizontes.

En esta conmemoración se inscriben las Jornadas UPEL – REDIT, espacio académico que ha contado con el valioso respaldo de la Dra. Waleska Perdomo, cuya participación desde múltiples roles, ha sido clave para el fortalecimiento y expansión de la ciencia transcompleja. Su compromiso sostenido merece un reconocimiento como expresión viva de la intercolaboración que inspira este movimiento intelectual.

De la misma manera, es necesario manifestar infinito agradecimiento a la Dra. Marluis Brizuela Ayala, quien con gran responsabilidad y afecto hizo la revisión general del texto.

Durante los años 2014 y 2015 se llevó a cabo un ejercicio de evaluación crítica sobre los avances y la evolución del pensamiento transcomplejo. De manera paralela, emergieron dos obras

fundamentales que consolidan su desarrollo conceptual, cuyas portadas se exhiben como testimonio tangible del proceso reflexivo y creativo que las originó y las cuales se presentan a continuación.

Figura 2. Libros que evidencian la evolución de la transcomplejidad

Por lo planteado, el propósito de este libro es hacer accesible mediante un lenguaje claro y envolvente, la aplicabilidad del pensamiento transcomplejo en la comprensión de la sociopolítica educativa. Esta obra surge como resultado de un proceso de reflexión, análisis y sistematización

llevado a cabo por la autora en su compromiso por articular saberes éticos, culturales y pedagógicos.

La obra se organiza en cuatro capítulos interconectados que trazan un recorrido desde lo conceptual hasta lo vivencial. El primero, **Acercamiento a la sociopolítica educativa**, introduce las bases teóricas y contextuales del tema. El segundo, **Revisitando el pensamiento transcomplejo**, invita a repensar esta perspectiva desde nuevas aristas. El tercero, Una **visión transcompleja de la sociopolítica educativa,** integra ambos enfoques en una lectura integral y dinámica.

Finalmente, el cuarto capítulo, **En diálogo con los participantes,** recoge voces, experiencias y saberes que enriquecen el debate. Se espera que este entramado motive a los lectores a continuar generando reflexiones críticas y diálogos fecundos entre el pensamiento transcomplejo y la dimensión sociopolítica de la educación.

TRANSCOMPLEJIDAD Y SOCIOPOLÍTICA EDUCATIVA

I. ACERCAMIENTO A LA SOCIOPOLITICA EDUCATIVA

Al comenzar este capítulo, conviene precisar que la Red de Investigadores de la Transcomplejidad (REDIT) ha venido construyendo a lo largo de su trayectoria, un corpus teórico que integra diversas expresiones de su enfoque: transcomplejidad, pensamiento transcomplejo, investigación transcompleja y enfoque integrador transcomplejo. Esta multiplicidad no solo refleja su evolución conceptual, sino también la apertura dialógica que caracteriza el devenir de esta propuesta.

En los primeros momentos del desarrollo de este pensamiento, surgieron interrogantes recurrentes: ¿Se trata del enfoque integrador transcomplejo, de la investigación transcompleja o simplemente de la transcomplejidad? En aquel entonces, al menos quien aquí escribe solía responder que todo dependía del horizonte argumentativo desde el cual se enunciaba.

TRANSCOMPLEJIDAD Y SOCIOPOLÍTICA EDUCATIVA

Si bien el recorrido inició con el enfoque integrador y la investigación transcompleja como fundamentos metodológicos, con el tiempo emergió la noción de transcomplejidad como una categoría más amplia y vital. Particularmente, la concibo como una actitud ante la vida: una forma de habitar el conocimiento desde la apertura, la sensibilidad y el compromiso ético.

En la actualidad, y sin desestimar la vigencia de los enfoques previos, se adopta con mayor precisión la denominación de **pensamiento transcomplejo.** En consonancia con esta evolución conceptual, el propósito de este capítulo es ofrecer a través de un ejemplo ilustrativo, un acercamiento a la sociopolítica educativa que permita visibilizar sus alcances desde esta perspectiva integradora.

Sociopolítica educativa

La sociopolítica educativa constituye un campo interdisciplinario que examina las interacciones dinámicas entre los procesos educativos y los contextos sociales y políticos. En este enfoque, la

educación no solo modela la sociedad y sus estructuras políticas, sino que también es profundamente influenciada por estas, configurando una relación bidireccional donde se entrelazan prácticas pedagógicas, ideológicas y marcos institucionales.

A propósito del vínculo entre política y educación, esta se configura como un campo de análisis que examina las políticas públicas, los valores institucionales, las estructuras de poder y las dinámicas sociales que inciden en los sistemas educativos.

Dada la búsqueda en el proceso documental para fundamentar esta perspectiva, se recupera una cita relevante del autor Valmes (1948) referida por Sacristán (1988) quien afirma: “cuando se habla de política como una función, como un servicio auténtico a los ciudadanos, se está hablando de una política grande”. Esta reflexión permite vincular la educación con una visión ética y transformadora de la praxis política.

En contraste, cuando la política se concibe como un ejercicio de poder orientado exclusivamente a la conquista y perpetuación de este, sin reparar en los medios utilizados, el autor advierte que se está frente a una “política pequeña”.

La visión, expresada por el filósofo español de orientación cristiana liberal, propia de una corriente de pensamiento que hoy podría parecer distante, conserva plena vigencia en el análisis ético de la praxis política. Su aporte reviste de gran valor para este texto, no solo por la vigencia de sus planteamientos, sino también por representar uno de los principios fundamentales de la transcomplejidad: ningún pensamiento debe ser excluido por el mero hecho de ser clásico.

Precisamente, la transcomplejidad se orienta hacia una complementariedad paradigmática, que reconoce y articula lo más significativo de las tradiciones intelectuales y las corrientes contemporáneas, en una dinámica de diálogo epistémico constante.

Resulta significativo que un autor de gran tradición y escaso reconocimiento en su época pueda ofrecer aportes vigentes en el actual contexto de acelerado desarrollo tecnológico. Es revelador observar que, al hablar de política, suele predominar una percepción negativa, posiblemente anclada en la lógica del poder como dominación, es decir, en lo que este pensador denomina “política pequeña”. Por ello, la política entendida como servicio auténtico a la ciudadanía – la “política grande” – recupera su dimensión ética y transformadora, tan necesaria en los debates contemporáneos.

La transcomplejidad se revela aquí como una noción que acoge múltiples visiones, incluso aquellas que podrían parecer contradictorias, pero que comparten puntos de encuentro en su fondo ético y transformador. En este contexto, algunos podrían argumentar que incluso una política orientada al servicio auténtico de la ciudadanía – la llamada política grande – requiere, en cierta medida,

del ejercicio legítimo del poder para hacerse efectiva y movilizar los cambios sustantivos.

En este escenario, la educación se erige como un motor fundamental para la formación ciudadana y la transformación social. Actúa como un elemento de complementariedad que integra, articula y potencia los procesos colectivos.

Todo aquello que se emprende puede ser revisado, mejorado y actualizado mediante la acción educativa, en tanto esta constituye un fenómeno profundamente social y estrechamente ligado a las dinámicas políticas que configuran la vida pública.

Por tanto, resulta imprescindible comprender que la educación no es un terreno neutro, sino que está intrínsecamente relacionada con los procesos políticos. De ahí la importancia de tener claridad sobre el hecho que las políticas educativas son entendidas como expresiones concretas de un proyecto social. Lo que se anhela es una política grande, orientada al servicio genuino de la sociedad y comprometida con el bienestar colectivo.

Esta aspiración exige asumir que cada acto educativo implica una toma de posición, consciente o no, frente a los modelos de sociedad que se promueven. La educación configura imaginarios, prácticas legítimas y abre o cierra caminos para la construcción ciudadana.

Por ello, hablar de política educativa va más allá de estructuras administrativas o decisiones curriculares: significa apostar por una visión ética de lo público, donde el saber, la cultura y la participación se entrelazan para movilizar formas de vida más justas, inclusivas y sostenibles. En este sentido, se nutre del diálogo entre saberes, reconoce las tensiones propias de la pluralidad y se compromete con la transformación desde dentro, articulando sensibilidad, racionalidad y acción colectiva.

Contextualización transcompleja de la realidad investigativa

En esta sección, se busca ejemplificar la contextualización transcompleja de la realidad investigativa, tomando como referente la

sociopolítica educativa en el ámbito universitario. Al respecto, toda investigación, al comenzar, exige una caracterización rigurosa de la realidad que se aborda.

Para ello, desde hace varios años, he venido empleando un esquema de contextualización de la realidad de investigación que, en una oportunidad, un colega denominó el "Triángulo Villegas" en reconocimiento a su funcionalidad y profundidad interpretativa dentro de procesos investigativos.

Se trata de una estrategia didáctica que permite orientar el proceso en otros y cuya efectividad he comprobado reiteradamente tanto en mi experiencia personal como en la práctica con discípulos. El procedimiento se estructura en seis pasos fundamentales:

-Deber ser. Corresponde al comportamiento ideal esperado en relación con la temática abordada, identificando sus potencialidades, valores fundamentales y el grado de relevancia que le confiere la teoría, la metodología y la normativa

jurídica vigente. Esta dimensión permite reconocer los marcos de referencia que orientan su desarrollo ético, académico y profesional, así como las aspiraciones que guían su transformación contextual.

-Realidad visible. Al contextualizar la realidad objeto de investigación, resulta esencial caracterizar el espacio de la experiencia actual, reconociendo la brecha existente entre el estado ideal y la situación concreta. Esta distancia pone en evidencia la presencia de anomalías, vacíos informativos o cognitivos, así como obstáculos de naturaleza teórica y práctica. A su vez, emergen posibilidades de ramificaciones impredecibles, influenciadas por el azar o por cualidades emergentes propias de los sistemas complejos, lo que exige una lectura flexible y multidimensional de los fenómenos en estudio.

-Visión al futuro. Implica la exploración de las potencialidades de continuidad que presenta la situación abordada, considerando sus proyecciones a corto, mediano y largo plazo. Este análisis

contempla también las posibles implicaciones éticas, sociales y estructurales que podrían derivarse de optar por no intervenir la situación, revelando así la urgencia o pertinencia de propuestas innovadoras, críticas o estratégicas.

-Mirada hacia el pasado. Requiere de identificar los elementos interactuantes que han favorecido la configuración de la situación actual. Para ello, se requiere una lectura flexible de la causalidad social, incorporando una contextualización histórica que entrelace dimensiones sociales, culturales, políticas, económicas, éticas, educativas, entre otras.

Este ejercicio no se orienta hacia la búsqueda inmediata de soluciones, sino hacia una comprensión profunda de los factores generadores que han dado forma al escenario vigente. Así mismo, conviene examinar las alternativas previamente propuestas para afrontar la situación, indagando por qué no han sido efectivas y cuáles fueron sus limitaciones.

En este proceso, es vital reconocer los costos asociados a la inacción o a la repetición de patrones no transformadores, tanto financieros como culturales, simbólicos o institucionales, para así dimensionar la urgencia de replantear alternativas desde nuevas lecturas de la realidad.

-Caso de estudio. Representa el contexto singular en el que se manifiesta la situación objeto de investigación. Consiste en la caracterización detallada del entorno, abarcando dimensiones como el lugar, el tiempo, las personas involucradas y los factores estructurales o emergentes que inciden en el fenómeno.

La descripción no solo permite delimitar los alcances del estudio, sino también identificar los patrones significativos, dinámicas relacionales, y tensiones contextuales que condicionan la comprensión integral del caso. En este marco, el estudio adquiere valor como unidad de sentido, donde confluyen lo cotidiano y lo estructural,

abriendo posibilidades para la reflexión crítica y la formulación de escenarios de transformación.

-Interrogante de investigación. Representa la pregunta central que orienta el desarrollo de la investigación, formulada como resultado de un proceso riguroso de análisis y síntesis, donde confluyen dimensiones críticas, reflexivas y creativas.

Esta interrogante emerge de la problematización de la realidad investigada y constituye el eje articulador que guía la búsqueda de sentido, el diseño metodológico y el análisis de los resultados en complementariedad con la interpretación de los hallazgos, en coherencia con el enfoque transcomplejo y con los objetivos de la investigación.

Todo lo expuesto debe estar fundamentado en referentes teóricos pertinentes y respaldado por datos empíricos verificables, tales como estadísticas y evidencias documentadas. Las afirmaciones deben estar sólidamente sustentadas mediante la citación de fuentes confiables, reflejando no solo el

rigor académico, sino también la experiencia acumulada por el equipo de investigadores.

Así mismo, de acuerdo con Villegas et al (2006, p. 33) se valora “la participación de un grupo de actuantes, donde se integre el conocimiento científico y el cotidiano, considerando que este último se nutre también de los productos del primero, a través de la comunicación y la participación”. Se reconoce que ambos enriquecen mutuamente un diálogo constructivo.

A continuación, en la figura 3, se presenta una representación gráfica del esquema planteado, limitada a las tres primeras fases del proceso. Mediante círculos, se ilustra el estado ideal de la temática, conforme a lo expuesto por los autores en relación con la situación general. Este escenario ideal actúa como punto de contraste frente a la realidad actual, evidenciada mediante del triángulo, lo cual permite visualizar las tensiones, vacíos y posibilidades existentes entre ambas representaciones.

El esquema gráfico busca promover una lectura dialógica entre lo normativo y lo contingente, facilitando la comprensión de los desafíos estructurales e interpretativos que atraviesa la temática en estudio. Así mismo, el uso de las formas geométricas simbólicas contribuye a reforzar la intencionalidad didáctica del esquema, favoreciendo su aplicación en procesos formativos.

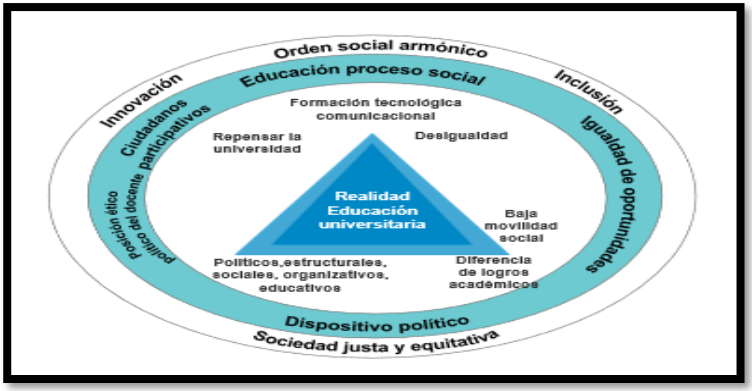

Figura 3. Ejemplo de la caracterización de la realidad de investigación
Fuente: Villegas (2025)

En el esquema, el círculo blanco simboliza el estado ideal al que aspira el entramado social: un orden armónico, justo y equitativo, donde cada

persona encuentre oportunidades reales de desarrollo y pertenencia. Este escenario deseable propone, especialmente en el contexto contemporáneo de la educación, la articulación de tecnologías disruptivas, inteligencia artificial e iniciativas inclusivas como catalizadores de transformación social.

Se trata de concebir la innovación no solo como un avance técnico, sino como una herramienta social al servicio del bienestar colectivo. Este ideal convoca a repensar los modelos educativos más flexibles, abiertos y colaborativos. La interrogante que emerge - ¿Cómo lograrlo? – no apunta a una única vía, sino que abre un horizonte dialógico donde la educación, la participación ciudadana y la acción política se tornan fundamentales para forjar una sociedad más consciente, sensible y transformadora.

En el círculo azul se representa, como se ha señalado previamente, la educación concebida simultáneamente como proceso social y como dispositivo político. Esta perspectiva destaca su

papel central en la formación de ciudadanos participativos, críticos y comprometidos con el entorno que habitan.

Así mismo, se subraya la necesidad de que el docente asuma una postura ético-política activa, consciente de su incidencia en la construcción de lo público y en la transformación de los imaginarios colectivos. Al respecto, Hildt (2015) enfatiza el rol de los docentes como guías de la formación ética.

Se reconoce la inclusión como principio fundamental, vinculado a una noción de igualdad de oportunidades que no implica uniformidad, sino el acceso diferencial según las necesidades particulares de cada individuo. Esta concepción orienta la construcción de una ciudadanía activa, capaz de ejercer su participación de manera crítica y argumentada. Como señala Estévez (2025), en toda circunstancia posible, es necesario participar, pero hacerlo con conciencia reflexiva y fundamentos sólidos.

Tal participación exige la presencia de ciudadanos críticos, con capacidad de análisis, diálogo y compromiso ético. La pregunta que surge entonces - ¿Quién forma a este ciudadano crítico? – interpela directamente a los sistemas educativos, los medios de formación cultural y las experiencias sociales significativas que, al converger, pueden sembrar las bases de una conciencia transformadora.

Por supuesto, es la educación el espacio donde cobra mayor relevancia la necesidad que el docente asuma una postura ética y política consciente. No puede permanecer al margen de las responsabilidades que implican ambos ámbitos, pues su labor incide directamente en la formación ciudadana y en la configuración de lo público.

En este sentido, resulta fundamental tener claridad sobre la concepción de política que se adopta: si se comprende como un ejercicio de poder o, más bien, como una vocación de servicio orientada al bienestar colectivo, dicha comprensión

marcará el horizonte de sentido de toda acción pedagógica.

Entonces, desde el marco de una investigación que busca caracterizar una determinada realidad, es habitual que el investigador o el equipo investigador inicie el proceso estableciendo un estado ideal, es decir, cómo debería ser esa realidad según referentes teóricos y marcos normativos. Al confrontar esta construcción con la realidad concreta, como ocurre en el caso de la educación universitaria, aunque el análisis es aplicable a cualquier nivel educativo, emergen con nitidez las discrepancias entre lo normativo y lo fáctico.

No obstante, en el ejemplo propuesto se plantea la realidad de la educación universitaria, la cual evidencia una marcada disonancia respecto al "deber ser" establecido. En este sentido, el esquema incorpora una diferenciación explícita entre el estado ideal, el referente ético, normativo y teórico y la situación concreta que se investiga.

Esta distinción, representada simbólicamente en el triángulo, permite visualizar las tensiones entre lo prescrito y lo vivido, aportando una herramienta analítica clave para comprender los vacíos, contradicciones y oportunidades de transformación presentes en el escenario educativo.

En el vértice del triángulo se evidencia la persistencia de la desigualdad. Para sostener esta afirmación con rigurosidad académica, sería necesario incorporar evidencias respaldadas por bibliografía especializada, así como diagnósticos concretos de casos particulares que reflejen dicha inequidad en contextos específicos.

Una de las manifestaciones más evidentes de la desigualdad en la educación universitaria actual se vincula al acceso y manejo de la tecnología. No se trata únicamente de carencias de competencias digitales, sino de una desigual distribución de los recursos que permiten desarrollar dichas competencias. ¿Todas las universidades cuentan

con equipos adecuados, conectividad estable y acceso libre para sus comunidades educativas?

La realidad demuestra que no es así. Esta brecha en infraestructura tecnológica genera limitaciones significativas en el proceso formativo, condicionando el ejercicio pleno del derecho a la educación. Dicha disparidad evidencia que, lejos de haberse superado, la desigualdad persiste, con implicaciones directas en la calidad, equidad y posibilidad de innovación dentro del ámbito universitario.

En el siguiente vértice del triángulo, se busca responder a la prognosis: ¿Qué ocurre a corto, mediano y largo plazo cuando la desigualdad se perpetúa? Para ilustrar la importancia de distinguir entre realidades significativas y anecdóticas, suelo emplear un ejemplo sencillo: ¿Cambia algo si el profesor se viste de azul o de rojo? Evidentemente, no.

La elección, aunque visible, no incide en el proceso educativo ni constituye una realidad

investigativa. En cambio, la persistencia de la desigualdad sí transforma estructuralmente la experiencia formativa, afectando el acceso, la calidad y las oportunidades. Por ello, es fundamental enfocar la investigación en dinámicas que verdaderamente alteran el devenir educativo.

Cuando se sostiene la desigualdad en el ámbito universitario, inevitablemente se genera impactos directos en la sociedad. Para ilustrarlo, basta con observar la prognosis a corto y largo plazo a través de una diferencia clave: los logros académicos. No puede compararse la formación de un estudiante de educación informática que cuenta con acceso pleno a los recursos necesarios para su especialidad, con la de otro que carece por completo de materiales básicos.

Esta brecha no solo limita el desarrollo individual, sino que repercute en la calidad del talento humano que se forma, ampliando la distancia entre quienes pueden aportar a la innovación y quienes quedan rezagados. La sociedad, en consecuencia,

reproduce y profundiza las asimetrías que surgen en el seno de sus espacios formativos.

Adicionalmente, las brechas educativas se traducen en desigualdades persistentes en el ámbito económico, afectando la inserción laboral, el sistema productivo y la capacidad de innovación. En consecuencia, se refuerzan ciclos de exclusión que obstaculizan el desarrollo inclusivo y sostenible de la sociedad en su conjunto.

Cuando se caracteriza una realidad y se desarrolla una prognosis, visión del futuro fundamentada, se evidencia la relevancia de emprender la investigación. La posibilidad de anticipar las consecuencias de no intervenir especialmente frente a desigualdades persistentes subraya la importancia del estudio.

Este estudio no solo permite comprender la realidad en estudio, sino también dimensionar los efectos sociales, educativos y estructurales que podrían agudizarse si no se genera conocimiento orientado a la transformación. En este sentido, la

investigación adquiere un papel estratégico: contribuir activamente a la construcción de escenarios más equitativos, sensibles y sostenibles.

Generalmente, durante el proceso de planificación o ejecución de una investigación, se tiende a detener el análisis en etapas preliminares, apelando a soluciones rápidas o explicaciones superficiales. Es común, por ejemplo, encontrar afirmaciones como: “lo que ocurre es que no hay gerencia” o “falta tecnología”, sin que se profundice en las raíces estructurales, culturales o epistemológicas que configuran la situación.

Esta tendencia a simplificar el problema puede invisibilizar elementos diversos y perpetuar visiones reduccionistas, impidiendo una explicación integral de la realidad investigada. En consecuencia, se vuelve necesario trascender los diagnósticos inmediatos para indagar en la esencia la realidad, sus interrelaciones e intervinientes no evidentes.

Por ello, como se había señalado previamente, el propósito central de la investigación no debe

orientarse exclusivamente hacia la búsqueda de soluciones inmediatas, sino hacia la explicación e interpretación profunda de los elementos que configuran la situación investigada.

Este enfoque permite revelar las dinámicas, relaciones y significados que subyacen en la realidad estudiada, evitando los reduccionismos y abriendo caminos a explicaciones e interpretaciones más integrales y conscientes.

Lo expuesto exige avanzar hacia el tercer vértice del triángulo: el pensar crítico y la reflexión profunda sobre los factores que han posibilitado la emergencia de la situación investigada. Si este vértice no es explorado rigurosamente, resulta difícil contribuir a procesos de transformación o siquiera formular marcos teóricos que orienten la mejora de esa realidad.

En ausencia de este análisis, se corre el riesgo de omitir la esencia del fenómeno, lo cual limita tanto la comprensión como la explicación y acción orientada al cambio. Aquí se plantea los distintos

elementos que han permitido que se genere esa situación, se considera aspectos políticos, estructurales, sociales, históricos, organizativos, éticos y educativos, entre otros.

Al considerar los elementos políticos vinculados a la realidad educativa investigada, puede señalarse que existen políticas insuficientes o que las vigentes no responden adecuadamente a las necesidades concretas del contexto analizado. Esta carencia genera vacíos en la articulación entre la normativa y los procesos formativos.

En el caso ejemplificado, al abordar los elementos estructurales, se hace referencia al capital cultural y económico como factores que inciden directamente en el acceso, permanencia y calidad de la formación. Aunque también, podrían clasificarse como elementos económicos y culturales, en esta oportunidad se recurrió al apoyo de la inteligencia artificial, que los identifica claramente como componentes estructurales dentro

del esquema analítico, dada su influencia transversal en las dinámicas educativas.

Fue interesante para mí la forma como la IA lo plantea porque tengo años manejando este esquema e incluso le pongo siglas. Lo utilizo, como en este caso, para explicar la caracterización de la realidad de una investigación.

En mi opinión la parte más difícil de la escritura del proyecto o informe investigación es la caracterización de la realidad. Porque si no se hace bien, considerando todos estos elementos, entonces es posible que al plantear una solución sin haber profundizado en los elementos que la están impactando, tal vez no sea la más adecuada.

Desde el punto de vista social se pueden considerar los prejuicios, las expectativas no satisfechas. Desde el punto de vista organizativo, se puede considerar los recursos, la segregación y desde el punto de vista educativo, por supuesto, el currículo, la evaluación, los profesores, su formación, la institución.

En pocas palabras, no es válido ni éticamente riguroso atribuir la persistencia de la desigualdad educativa únicamente al carácter público o privado de una institución, ni a la calidad de su gestión administrativa. Tal simplificación ignora que, en realidad, convergen múltiples factores que configuran una trama transcompleja de interacciones.

La diversidad de elementos: estructurales, culturales, económicos, institucionales y simbólicos, conforma una realidad educativa multidimensional que exige ser comprendida y explicada desde la mirada transcompleja. Precisamente, uno de los principios fundamentales de este enfoque es reconocer la coexistencia de múltiples perspectivas y niveles de análisis e interpretaciones para desentrañar las interacciones profundas que intervienen en las desigualdades persistentes.

Una de las características centrales de la transcomplejidad, reiterada desde el inicio y evidenciada a lo largo del ejemplo, es la necesidad

de abordar cada uno de los elementos estudiados desde múltiples perspectivas que permitan una intervención profunda y situada.

Para ello, se requiere de un trabajo colectivo, articulado desde la colaboración transdisciplinaria, donde el estudio del ámbito sociopolítico educativo se enriquezca con aportes provenientes de diversas áreas del saber. Solo a través de esta transdisciplinariedad es posible desentrañar la diversidad de dinámicas que atraviesan la educación en sus dimensiones sociales y políticas.

El abordaje de los aspectos sociales y políticos de la educación varían significativamente según se haga desde una perspectiva individual o colectiva. Mientras una mirada individual puede ofrecer valiosos aportes desde la experiencia particular como es el caso del educador, cuya formación y práctica le otorgan solvencia para abordar los elementos educativos.

Por su parte, una visión profunda y contextualizada requiere complementar diversas

voces y saberes. Solo en ese entramado colectivo puede emerger una visión más rica, crítica y multidimensional de la sociopolítica educativa, acorde con los principios de la transcomplejidad. Es fundamental reconocer que la explicación-comprensión-transformación de la realidad desde una perspectiva transcompleja, no puede lograrse de manera aislada.

Esta postura exige abrirse al diálogo transdisciplinario, que para Villegas et al (2020, p.62):

> …es un dialogo continuo entre todas las personas que están participando en el proceso educativo y que fluye en todas las direcciones. Como eje transversal de diferentes puntos de vista, debe propiciar el intercambio como expresión de acuerdo, desacuerdo, críticas y autocríticas, traspasa lo disciplinar. Acepta que hay otras verdaderas posibles, otras miradas e interpretaciones que pueden debatirse.

La transdisciplinariedad también requiere del pensamiento situado y el trabajo colaborativo, pues

solo mediante la integración de múltiples saberes y enfoques es posible abordar la multidimensionalidad del fenómeno investigado con suficiente profundidad.

En el capítulo uno, generalmente, es donde se plantea lo que se denomina el problema, objeto de investigación o la realidad, como se denomina en la investigación transcompleja; aclarando que no significa que ese término sea propio. Simplemente se quiere hacer una diferenciación y como tradicionalmente se maneja en el paradigma positivista, planteamiento del problema y en el paradigma interpretativo y sociocrítico, el objeto de investigación, en la transcomplejidad se decidió hablar de la realidad de investigación.

En consecuencia, resulta imprescindible reconocer que emprender una investigación desde el enfoque transcomplejo no puede asumirse como un ejercicio individual. Por más rigurosidad en el estudio o profundidad en la búsqueda, el abordaje

solitario no alcanza a capturar la riqueza y la multidimensionalidad de la realidad.

Dicho enfoque exige apertura al diálogo colectivo y la articulación de saberes diversos, así como la incorporación de dimensiones filosóficas, epistemológicas, éticas, legales y otras que permitan construcciones, interpretaciones contextualizadas e integradoras.

En el ejemplo presentado, sería necesario recrear la realidad a partir de un caso específico relacionado con una universidad o un conjunto de estas. Esta reconstrucción suele sustentarse en la trayectoria del equipo investigador y en estudios previos realizados en contextos similares. Generalmente, el desarrollo se culmina con una interrogante que permite abrir el espacio reflexivo, orientando nuevas rutas de interpretación y acción.

No obstante, lo que se buscaba evidenciar a través del ejemplo es que basta con observar críticamente la realidad para comprender que la

investigación, en especial en escenarios diversos, no puede abordarse de manera individual.

Si se pretende incorporar elementos tecnológicos, resulta indispensable conformar equipos con especialistas que dominen las herramientas más pertinentes para el ámbito educativo universitario que además de ser eficaces y accesibles, den respuestas a criterios de sostenibilidad, pertinencia pedagógica y facilidad de uso.

Para ello, se requiere el trabajo en equipo, entendido en clave de intercolaboración, una práctica que ha venido consolidándose como fundamento indispensable en los procesos investigativos contemporáneos. Esta dinámica es esencial incluso en la etapa de caracterización teórica de la realidad, al momento de redactar y, con mayor intensidad, durante el trabajo de campo.

Sin embargo, no basta con establecer vínculos colaborativos: se hace necesario cultivar espacios de diálogo reflexivo, co-creación de saberes y

articulación de respeto entre los distintos actores que participan en la investigación.

Transcomplejidad del estudiante universitario

El estudiante de cualquier nivel educativo, pero aún más el universitario, que es un adulto, sea joven, como son los que estén ingresando a la universidad, adulto maduro, como los estudiantes de posgrado; son hombres transcomplejos, que obviamente tienen una biología que varía de acuerdo con su género y edad.

La dimensión psicológica desempeña un papel fundamental, al considerar elementos como el carácter, la personalidad, el estilo de pensamiento, las capacidades, los intereses y la motivación del estudiante. En el caso del adulto, por ejemplo, el aprendizaje está profundamente vinculado con lo que despierta su interés, lo cual también se observa en niños, aunque en este contexto, el centro es el estudiante universitario.

El ámbito educativo suele operar intensamente sobre estos factores psicológicos, pero no puede

desligarse del entorno social en el que el estudiante está inmerso, incluyendo su posición socioeconómica, los vínculos que establece y los referentes culturales que configuran su trayectoria formativa.

Además, la dimensión cultural es de esencial consideración como grupo étnico al que pertenece el estudiante, sus creencias, las particularidades lingüísticas y la formación educativa previa que trae consigo.

Sin embargo, hay un aspecto profundamente significativo que suele ser relegado: el elemento espiritual. Este componente, presente en el sujeto transcomplejo desde la educación inicial hasta el ámbito universitario, requiere ser comprendido y acogido por quienes educan e investigan en este ámbito.

Reconocer y respetar esta espiritualidad no solo enriquece los procesos de mediación del aprendizaje, sino que permite construir espacios formativos e investigativos más integrales y

resonantes con la totalidad del ser. Estos elementos configuran la manera en que el sujeto se relaciona y construye el conocimiento.

Como educadores e investigadores comprometidos con una visión transcompleja y transformadora, es imperativo reconocer la dimensión espiritual, no como una categoría aislada o dogmática, sino como un tejido de significados que se entrelaza con lo afectivo, lo ético y lo sociocultural del ser humano. Estas características del hombre, en este caso del estudiante transcomplejo se intentan representar en la figura 4, a continuación.

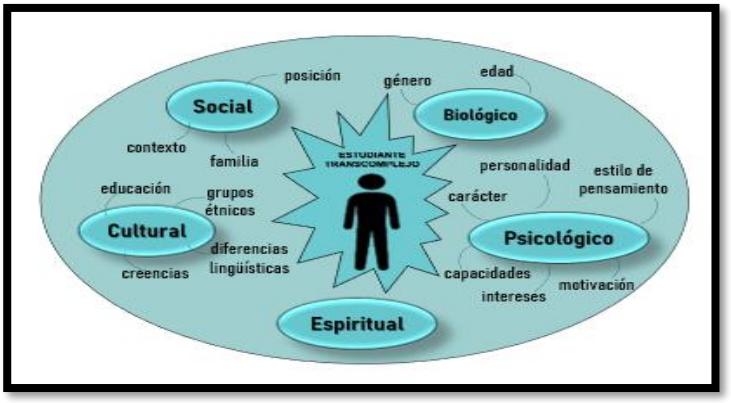

Figura 4. Estudiante transcomplejo
Fuente: Villegas (2025)

Ante la realidad educativa planteada y las características integrales del estudiante universitario, surge una interrogante crucial: ¿Cómo puede un docente investigar desde una visión transcompleja que contemple las dimensiones biológica, cultural, espiritual, psicológica, política y social?

Si bien la formación y experiencia del educador le confieren herramientas valiosas para comprender ciertos aspectos, esta mirada individual resulta limitada frente a la diversidad del fenómeno. Es así como, la transcomplejidad exige reconocer que el conocimiento no está concentrado en una sola disciplina ni en un solo actor.

Por ello, se vuelve indispensable conformar equipos transdisciplinares que integren voces expertas, como las del psicólogo, sociólogo, antropólogo, sacerdote o pastor, capaces de aportar desde sus respectivos saberes. Pero, también no expertos o profesionales, pero que tengan

conocimiento y experiencia vivencial de la realidad que se estudia.

Esta articulación no solo amplía el horizonte indagatorio de la investigación, sino que enriquece la comprensión del sujeto en su totalidad, permitiendo construir y ejecutar propuestas formativas más contextualizadas y significativas.

Razón por la cual, es fundamental comprender con claridad cada uno de estos planteamientos al momento de investigar y reflexionar sobre la educación, especialmente cuando se aborda la sociopolítica educativa desde una perspectiva transcompleja.

Frente a lo planteado, se impone con urgencia la necesidad de un abordaje transcomplejo que supere las dicotomías tradicionales del pensamiento educativo. Este enfoque requiere una transformación profunda del pensamiento y hacer del investigador: una apertura hacia la intersubjetividad, entendida como un encuentro dialógico de saberes y significados compartidos.

No se trata ya de optar por una visión puramente objetiva ni exclusivamente subjetiva, sino de reconocer la potencia de una “objetividad dinámica”, capaz de incorporar nuevos límites contextuales. Complementariamente, vengo proponiendo la noción de “subjetividad caleidoscópica” como metáfora del pensamiento que integra múltiples perspectivas, afectos y narrativas en constante reconfiguración.

Este giro hacia un abordaje transcomplejo implica abrirse a nuevas formas de diálogo, a preguntas que desafían los esquemas tradicionales y a la coexistencia de racionalidades diversas. Supone acoger una pluralidad de lenguajes y de sensibilidades que trascienden lo estrictamente académico, permitiendo que lo simbólico, lo espiritual, lo emocional y lo cultural dialoguen con lo lógico.

Sin duda alguna, este pensamiento demanda, por tanto, una transformación en la manera de comunicar, donde la multiplicidad lingüística no es un

exceso sino una necesidad, un cambio profundo en el lenguaje para poder nombrar aquello que antes quedaba fuera de la escena epistémica.

Asumirse como transcomplejo implica reconocer que el lenguaje debe transformarse en coherencia con el pensamiento que lo sustenta. No se trata de abandonar por completo las formas discursivas anteriores ni adoptar otras de forma exclusiva, sino de comprender que existe una multiplicidad de lenguajes que se activan según el contexto, la sensibilidad y el propósito del diálogo.

En determinados momentos, es posible enunciar con una objetividad dinámica, acotada por límites éticos y situacionales; en otros, emergerá una subjetividad caleidoscópica, abierta a lo emocional, lo simbólico y lo experiencial. Esta oscilación entre registros no es contradicción, sino expresión auténtica de un pensamiento transcomplejo en acción.

Aquí el planteamiento reafirma, una vez más, la urgencia del trabajo de intercolaboración en los

procesos investigativos. Nadie, desde una sola posición, puede abarcar todas las perspectivas, movilizar racionalidades múltiples ni formular la diversidad de preguntas que exige una explicación, comprensión y transformación del fenómeno educativo. Se necesita al otro: al interlocutor que complementa, confronta y enriquece el sentido.

En este marco, puede concluirse el capítulo retomando la definición de transcomplejidad propuesta en el primer libro, entendida como una cosmovisión investigativa de complementariedad donde convergen saberes, experiencias y sensibilidades en un entramado relacional y transformador (Villegas et al,2006).

II. REVISITANDO EL PENSAMIENTO TRANSCOMPLEJO

En tiempos donde la fragmentación amenaza con volverse norma, el pensamiento transcomplejo se alza como un gesto de resistencia y de encuentro. Volver sobre este no implica repetir lo ya dicho, sino reconfigurar sus sentidos a la luz de nuevas preguntas, experiencias y desafíos. En correspondencia este capítulo se propone como un espacio de relectura crítica, donde se entrelazan los fundamentos epistemológicos y metodológicos que han dado forma a esta cosmovisión investigativa.

Revisitamos no solo sus conceptos clave, sino también su potencia transformadora en contextos educativos, sociales y espirituales que demandan miradas integradoras y sensibles. En este recorrido, se reafirma la transcomplejidad como una invitación constante al diálogo, a la intercolaboración como se ha expuesto en el primer capítulo y a la construcción de saberes situados que reconozcan la pluralidad del mundo y la profundidad del sujeto.

Por ello, el pensamiento es la facultad humana de construir ideas y representaciones sobre la realidad, estableciendo conexiones significativas entre estas. Este proceso involucra múltiples dimensiones cognitivas, como la comprensión, el razonamiento, el procesamiento de información, la resolución de problemas, la memoria y la capacidad de comunicar lo pensado.

Pensar no es solo una operación mental, sino una forma de habitar el mundo, de interpretarlo y de transformarlo desde la conciencia y la intención. Razón por la cual, en el pensamiento transcomplejo se integran, además del razonamiento lógico, las experiencias, la intuición y la imaginación como fuentes legítimas de conocimiento.

Esta forma de pensar permite tejer relaciones cada vez más densas y significativas, no solo entre las ciencias naturales y sociales, sino también de las artes, la literatura y otras expresiones culturales y espirituales. Así, se configura un entramado cognitivo que reconoce la diversidad de saberes y

promueve una comprensión más rica, sensible y multidimensional de la realidad.

Es así como, desde el año 2005 quien escribe, en colaboración con otros investigadores que hoy conforman la Red de Investigadores de la Transcomplejidad (REDIT), ha contribuido al desarrollo del pensamiento transcomplejo mediante diversas producciones académicas.

Estos aportes se han materializado en libros impresos y digitales, tanto individuales como colectivos; así como en artículos y ponencias presentadas en escenarios nacionales e internacionales. Esta trayectoria evidencia no solo un compromiso sostenido con la transcomplejidad, sino también la consolidación como marco teórico fértil para la transformación educativa y social.

Complementariedad

La noción de complementariedad en el marco del pensamiento transcomplejo, se presenta como un principio epistémico que desafía las lógicas fragmentarias del conocimiento tradicional. En este

sentido, no busca homogeneizar ni diluir las diferencias, sino reconocerlas como fuentes de enriquecimiento mutuo.

Ahora bien, ¿Qué significa realmente la complementariedad y a qué hace referencia dentro del pensamiento transcomplejo? En primer lugar, es importante aclarar que no se limita, como suele pensarse, al uso combinado de métodos. Más allá de lo metodológico, en este enfoque implica una articulación profunda entre paradigmas, enfoques, teorías, autores, métodos y técnicas.

De hecho, se trata de una apertura epistémica que reconoce la legitimidad de múltiples formas de conocer y de interpretar la realidad, sin reducirlas a una jerarquía rígida. Esta perspectiva permite construir marcos investigativos más integradores, sensibles a la diversidad de contextos y capaces de dialogar con la diversidad y multidimensionalidad del mundo contemporáneo.

En este contexto, hablar de complementariedad entre teorías y autores no implica simplemente reunir

distintas perspectivas educativas ni referirse a diversos autores dentro de una misma corriente pedagógica, Más bien, la selección teórica responde a la naturaleza específica de la realidad investigada y a las disciplinas que convergen en dicha exploración, en función del enfoque transdisciplinar del equipo involucrado.

Así, la complementariedad se convierte en una estrategia epistemológica que permite articular saberes diversos según las exigencias de la realidad en estudio y la riqueza de los marcos explicativos e interpretativos disponibles.

Al abordar una realidad desde una perspectiva transcompleja, es posible convocar teorías provenientes de diversos campos del saber: filosófico, psicológico, sociológico, antropológico, político, económico, ingenieril, educativo, entre otros. La pregunta, entonces, no es solo qué teorías considerar, sino cómo seleccionar aquellas que permitan abordar a los actores involucrados en toda su multidimensionalidad, incluyendo la espiritual.

Por consiguiente, esta elección exige sensibilidad epistemológica, apertura al diálogo entre disciplinas y una ética del conocimiento que reconozca la integralidad del ser humano en contextos dinámicos y multidimensionales.

Concretar este planteamiento reafirma la necesidad de conformar equipos transdisciplinarios que trabajen desde la intercolaboración genuina. Cada disciplina aporta sus propias teorías, enfoques, métodos y técnicas, y nadie mejor que el especialista para interpretar y aplicar ese saber con profundidad.

Se adopta la complementariedad entre disciplinas no por yuxtaposición, sino por una articulación consciente que reconoce el valor singular de cada mirada y la potencia transformadora del diálogo entre saberes.

Esto implica, por supuesto, una complementariedad de paradigmas. Desde los primeros desarrollos de este pensamiento, como se evidencia en las obras publicadas en el año 2005

(ver figura 1), surgieron voces que advertían que no era posible integrar paradigmas, dado que cada uno responde a lógicas epistémicas distintas.

Ciertamente, no se trata de una integración en sentido estricto. Lo que se propone es una articulación estratégica, donde se toma lo más pertinente de cada paradigma en función de la realidad investigada y de la visión del equipo transdisciplinario. Esta complementariedad permite construir marcos explicativos e interpretativos más flexibles y contextualizados, sin caer en reduccionismos ni sincretismos forzados.

Visto de esta forma y dependiendo de la realidad abordada, puede que en algunos casos se requiera una mayor presencia del paradigma interpretativo o sociocrítico; mientras que en otros predomine el positivista. Sin embargo, en todos los escenarios es indispensable una complementariedad de paradigmas, enfoques y modelos, así como métodos, técnicas e instrumentos.

Dicha articulación no responde a una simple suma, sino a una complementariedad reflexiva que reconoce la multidimensionalidad de los fenómenos y la necesidad de abordarlos desde múltiples miradas epistemológicas.

No obstante, en muchos casos se está asumiendo la transcomplejidad únicamente desde la metodología. Al respecto, Schavino y Villegas (2024) señalan que cuando se inicia una investigación, lo primero que se tiene que plantear es desde qué paradigma se va a tratar, porque eso va a orientar el resto del proceso.

En lo esencial, la complementariedad no se limita únicamente a paradigmas y métodos; también se extiende a los espacios y actores involucrados en los procesos investigativos y formativos. Estos actores pueden ser profesionales de distintas disciplinas, con diversos niveles académicos, estudiantes de cualquier nivel educativo e incluso miembros de la comunidad sin educación formal.

Cabe resaltar, la transcomplejidad, al ser una cosmovisión abierta y situada, puede asumirse en cualquier contexto y momento histórico. Por ello, se vuelve indispensable el trabajo en equipo, donde la diversidad de profesiones, trayectorias y experiencias se convierte en una fuente de riqueza epistémica y ética para comprender y transformar la realidad.

Al hablar de actores en procesos transcomplejos, es posible considerar desde profesionales con altos grados académicos hasta bachilleres o personas sin educación formal, pero con un profundo conocimiento de la realidad investigada. Lo esencial no es el título, sino quién posee y moviliza la información significativa en el contexto.

Una muestra de esta perspectiva se encuentra en el artículo: **El deporte desde una visión transcompleja** (Villegas, 2012) desarrollado en la Universidad del Deporte Venezolana, donde participaron personas con distintos niveles educativos, evidenciando cómo la diversidad

cognitiva y experiencial enriquece la visión del fenómeno estudiado.

La figura 4, presenta la portada de una obra de mi autoría, cuyo propósito central es invitar a la reflexión sobre el desafío epistemológico que plantea la transcomplejidad. Este enfoque asume como premisa el carácter inagotable del ejercicio intelectual, donde se gestan nuevos modelos de pensamiento y florece la construcción de conocimientos diversos, relacionales y transcomplejos.

Figura 5. Libro de transepistemología de la IT
Fuente: Villegas (2024)

A lo largo de este texto, y especialmente en este capítulo, se incluye la portada de varios de los libros producidos desde REDIT como recurso para visibilizar el desarrollo del pensamiento transcomplejo en Venezuela.

Mirada transcompleja

Al asumir la transcomplejidad como un cambio en la mirada, se buscó representar visualmente esa perspectiva transdisciplinaria que integra las ciencias naturales, sociales y humanas, antes reconocidas como ciencias espirituales o filosóficas. La figura 6 constituye una representación elaborada mediante inteligencia artificial, que intenta plasmar esta visión integradora y relacional.

Imaginemos la educación vista desde la mirada transcompleja. En el ámbito de las ciencias naturales, esta perspectiva resulta evidente, dado que el docente, el estudiante, los directivos y la comunidad académica en su conjunto son seres biológicos. Así, la educación puede abordarse desde disciplinas como la biología, la economía o la

tecnología, entre otras, mediante métodos cuantitativos – aunque estos no son exclusivos de las ciencias naturales, ni limitan la riqueza de otros enfoques integradores.

Figura 6. Mirada transcompleja
Fuente: Perplexity (2025)

Desde la mirada transcompleja, la educación también puede ser abordada desde las ciencias sociales, como la pedagogía, la psicología, la sociología o la antropología, entre otras disciplinas profundamente vinculadas con lo educativo.

Estos enfoques permiten explorar dimensiones subjetivas, culturales y relacionales del acto educativo, apoyándose en métodos cualitativos que revelan sentidos, experiencias y procesos en profundidad. Tal aproximación complementa la mirada de las ciencias naturales, enriqueciendo el entendimiento de la educación como fenómeno complejo y multidimensional.

Una tercera mirada, quizás la más desafiante para el pensamiento transcomplejo, es la de las ciencias espirituales, también conocidas como ciencias noológicas o filosóficas. Estas disciplinas, que originalmente formaban parte de las ciencias humanas, con el paso del tiempo han tendido a fusionarse con las ciencias sociales.

Sin embargo, en este ejercicio transcomplejo se busca distinguirlas, otorgándoles un espacio propio que permita reconocer su aporte singular en la comprensión de lo transcendente, lo simbólico, lo ético y lo espiritual del ser humano y su entorno. Esta mirada abre la posibilidad de integrar dimensiones

que suelen quedar al margen del discurso científico tradicional, pero que son esenciales para una lectura más holística de la realidad.

Desde la perspectiva transcompleja, las ciencias espirituales - la filosofía, el arte, la literatura, la ciencia de las religiones e incluso la teología, conforman un campo epistémico singular que explora las dimensiones simbólicas, éticas, estéticas y trascendentes de la experiencia humana. Lejos de quedar relegadas por su naturaleza subjetiva e interpretativa, estas disciplinas se convierten en pilares para la comprensión profunda del sentido, la creencia y la manifestación cultural de los actores sociales

En la transcomplejidad, se reconoce que tales disciplinas requieren metodologías abiertas, interpretativas e incluso contemplativas, que respeten las creencias y vivencias de quienes participan. La inclusión de la teología, por ejemplo, no obedece a una adhesión doctrinal, sino a la necesidad de comprender ciertas cosmovisiones en

juego en contextos educativos, sociales o comunitarios.

Este reconocimiento fundamenta la exigencia de que toda investigación de naturaleza transcompleja sea desarrollada desde lo colectivo, en diálogo transdisciplinario y desde la complementariedad de los saberes. No se trata de alcanzar consenso absoluto, sino de navegar la diferencia con respeto y rigor, en un ejercicio dialéctico que valoriza la tensión creadora entre perspectivas diversas. Es en esa dinámica dialógica donde emerge la potencia transformadora del pensamiento transcomplejo.

Si bien este trabajo no abordará directamente los métodos de investigación, es pertinente reconocer que las ciencias espirituales, como la filosofía, el arte, la literatura, la ciencia de las religiones y la teología, han compartido históricamente herramientas metodológicas con las ciencias sociales.

Esta convergencia no obedece a una subordinación epistémica, sino a la naturaleza transdisciplinaria del conocimiento, donde ningún método pertenece de forma exclusiva a una sola disciplina. En este sentido, la transcomplejidad reconoce que los métodos son construcciones dinámicas, sujetas a los contextos, propósitos y lenguajes de los investigadores.

La flexibilidad metodológica es no solo posible, sino necesaria, para abordar las dimensiones simbólicas, éticas, estéticas y trascendentes que exploran las ciencias espirituales. De este modo, se refuerza la necesidad de equipos de investigaciones plurales, capaces de dialogar desde la diferencia y articular complementariedades en el marco del respeto y la apertura.

No obstante, en una investigación que demanda el aporte específico de una disciplina como la arquitectura, no resulta equivalente que sea el investigador quien seleccione las teorías y métodos pertinentes, en lugar de contar con un profesional

formado en ese campo, capaz de orientar desde su experticia.

Se quiere con ello significar, que esta distinción revela la necesidad de una sinergia relacional genuina y de un proceso de reflexión profunda entre los miembros del equipo. Tales exigencias constituyen principios epistemológicos fundamentales del pensamiento transcomplejo, que reconoce el valor de la especialización, la legitimidad de saberes diversos y la articulación de las voces en diálogo.

En otras palabras, en la evolución del pensamiento transcomplejo comienza a gestarse la noción de una nueva ciencia: una transciencia, abierta, relacional y aún en proceso de configuración. Su emergencia no implica una ruptura con los saberes previos, sino una superación dialógica que apuesta por la complementariedad transdisciplinaria como gesto metodológico y ético.

Por ello, la presente explicación debe entenderse como un intento didáctico de

aproximación, más que como una definición cerrada; una invitación al tránsito reflexivo entre disciplinas, lenguajes y sensibilidades. En este orden de ideas y para facilitar su comprensión, es necesario realizar una separación inicial entre los distintos tipos de disciplinas.

Sin embargo, esta distinción no debe entenderse como una fragmentación definitiva, sino como parte de un proceso que, progresivamente, se integra en una dinámica espiral recursiva. En esta espiral, cada vuelta permite profundizar la comprensión de la realidad intervenida, articulando saberes diversos en un movimiento continuo de reflexión, síntesis y transformación.

Por supuesto, al realizar una investigación con un grupo de profesionales de las ciencias naturales, es esperable que se generen resultados predominantemente cuantitativos. En cambio, los investigadores provenientes de las ciencias sociales aportarán hallazgos de naturaleza cualitativa, al igual que aquellos que trabajan desde las ciencias

espirituales, cuyos descubrimientos también se inscriben en el ámbito de lo cualitativo.

En todo caso, esta diversidad epistémica no debe entenderse como una fragmentación, sino como una oportunidad para complementar múltiples perspectivas en una visión más rica y profunda de la realidad.

De allí, este proceso genera un producto cognitivo más profundo y amplio de la realidad estudiada. En este sentido, suelo convocar y ahora extiendo esa invitación a los lectores a inventar, a colaborar activamente en el desarrollo del lenguaje de la transcomplejidad, proponiendo una denominación para ese tipo de producto emergente.

Así como existen resultados (datos cuantitativos) y hallazgos (información cualitativa), también surgirán otros productos desde las distintas vías de la investigación transcompleja, aún sin nombre definido. Nombrarlos es parte del acto creativo y epistemológico que esta perspectiva propone.

Por lo tanto, se requiere una tercera vía investigativa que complemente los resultados cuantitativos y los hallazgos cualitativos mediante un proceso dialéctico y dialógico. Esta fase busca generar una síntesis dinámica que dé lugar a conocimientos transcomplejos.

Estos saberes emergen de la interacción entre distintas perspectivas, atravesando fronteras disciplinares y reconociendo la multidimensionalidad de la realidad. En esta vía, la investigación se transforma en un acto de co-creación, capaz de articular lo objetivo, lo subjetivo y lo espiritual en una espiral de sentido.

Figura 7. Libro de Transeducación
Fuente: Villegas et al (2022)

Este libro colectivo es producto de un seminario posdoctoral, donde la autora como facilitadora de este, escribió un capítulo. Plantea la noción de transeducación como una visión de complementariedad, que se produce en, desde y entre personas; pero también en las relaciones con el ambiente y las interpretaciones que de estas se hacen y de lo que se hace. Su conocimiento se

manifiesta a través de múltiples vías, que no necesariamente son las únicas (Villegas, 2022, p.12).

Ahora bien, no es lo mismo abordar la educación desde una única visión que hacerlo desde la triple mirada que propone la transcomplejidad. Esta perspectiva, al integrar lo objetivo, lo subjetivo y lo espiritual, permite una comprensión mucho más amplia y profunda del fenómeno educativo.

Tal como se aspira en la transcomplejidad, no se trata de alcanzar una visión total ni definitiva, pues tal pretensión sería reductiva, sino de avanzar en una espiral de profundización continua, reconociendo que cada mirada complementa y enriquece las demás, sin agotar la complejidad del saber.

Intercolaboración

Ha quedado suficientemente evidenciada, dentro de la visión transcompleja, la necesidad del trabajo en equipo, ahora resignificado como intercolaboración. Esta forma específica de

colaboración trasciende la mera cooperación funcional: implica una interacción activa entre diversas partes, equipos y entidades, que se articulan desde sus diferencias para trabajar conjuntamente hacia un objetivo común.

Se observa que la conformación de un equipo de trabajo es un proceso de largo que exige paciencia, perseverancia, compromiso e imaginación. ¿Qué significa esto? Que el simple hecho de reunir personas no garantiza que sepan trabajar juntas; el trabajo en equipo es una competencia que se aprende, se desarrolla y se transforma con el tiempo.

Por eso, se requiere voluntad para sostener el proceso, apertura para aprender de los errores y creatividad para imaginar nuevas formas de colaboración. Es una construcción que se forja en la práctica y se afina con la experiencia, donde cada integrante aporta desde su singularidad al tejido colectivo del conocimiento.

De hecho, en REDIT, todos hemos aprendido y seguimos aprendiendo que el trabajo en equipo no se limita a la coordinación de tareas, sino que implica una interrelación profunda entre saberes, sensibilidades y formas de ver el mundo. La diversidad disciplinaria no es un obstáculo, sino una fuente de riqueza: el abogado no piensa igual que el educador, ni el ingeniero como el sociólogo, el antropólogo o el psicólogo.

Cada mirada aporta un fragmento de realidad que, al entrelazarse con otras, permite construir una aprehensión más amplia, más humana y transformadora. Este proceso exige un diálogo continuo, una disposición al entrenamiento perceptivo y una apertura radical para ver la realidad desde nuevas perspectivas. Es allí donde la transcomplejidad se vuelve práctica viva: en el encuentro entre saberes que se reconocen, se desafían y se complementan.

Una de las cosas que se tiene que aprender en investigación, es que no importa que el tema se haya

manejado, no importa que distintas personas investiguen acerca de la misma temática. Si realmente se hace la investigación, la búsqueda de dos personas o equipos distintos es muy difícil que siga la misma vía, cada uno le dará una nueva perspectiva.

En todo caso, esto de ver la realidad desde una nueva perspectiva, implica asumir el equipo como un dispositivo, donde se entrecruzan saberes e intersubjetividades. En este trabajo en equipo se aprende, se modifica, se cambia. Por supuesto, el respeto profesional es fundamental, porque no todos los miembros del equipo tienen que estar de acuerdo.

Pensar desde la transcomplejidad no es un ejercicio inmediato ni mecánico; es una práctica que requiere tiempo, apertura y un interés genuino por el ser humano. Implica preguntarse constantemente por el otro: ¿Qué piensa? ¿Cómo se siente? ¿Desde dónde construye su mirada? Este tipo de pensamiento exige multiplicidad y diversidad de

interacciones, así como una evolución constante en el modo de pensar, sentir y actuar.

No se trata solo de acumular saberes, sino de aprender a entretejerlos con empatía y creatividad. Ojalá este texto motive a quien lo lea a iniciar o continuar ese camino de transformación, donde el conocimiento se vuelve encuentro y el pensamiento se convierte en acto de cuidado.

En este caso un aspecto fundamental es el manejo del lenguaje de esta nueva visión de mundo, de investigación, de educación. En esta cosmovisión la interacción es totalmente diferente, hay evolución en el modo de pensar. Un ejemplo es la evolución del pensamiento transcomplejo entre el 2006 y el 2025, veinte años después.

De este modo, la figura 8 presenta la portada de un libro colectivo generado de la compilación de las ponencias de un evento realizado en la Universidad Tecnológica del Centro (UNITEC) titulado: **Comprendiendo la Transcomplejidad**, su finalidad

era precisamente dar a conocer los principios transepistemológicos.

De ahí que en esta obra se presenta el origen y la evolución del pensamiento transcomplejo, aproximadamente a 12 años de su gestación. El texto recoge los principios epistemológicos y metodológicos que lo sustentan y los articula desde una mirada plural y crítica.

Figura 8. Comprendiendo la Transcomplejidad
Fuente: Villegas et al (2018)

Conocimiento transcomplejo

El conocimiento que se genera en el marco de una investigación transcompleja no puede ser

equiparado al producido por la investigación clásica. Una de las ideas que sostengo con firmeza es que no debe denominarse conocimiento científico en los términos tradicionales, ya que esa etiqueta resulta inadecuada para una visión que trasciende los límites de la ciencia convencional.

La transcomplejidad propone una forma distinta de conocer: relacional, situada, abierta a la subjetividad, que no busca universalizar verdades, sino abordar la realidad en su multidimensionalidad. Por ello, es necesario construir nuevas formas de nombrar y valorar este tipo de saberes emergentes.

Esta postura responde a la necesidad, ya planteada, de transformar el lenguaje con el que nombramos y comprendemos los procesos de investigación. No se trata de imponer la denominación “transcomplejo”, sino de evitar el uso de categorías que sugieren verdades absolutas. Se trata de que el saber construido es aproximativo, referencial, situado y relacional. Reconocer esta

diferencia es clave para abrir espacio a nuevas epistemologías que honren la pluralidad del conocer.

Uno de los componentes más importantes, es que involucra elementos científicos, pero también considera los saberes cotidianos, biológicos, afectivos, sociales, históricos, antropológicos, políticos, económicos, así como éticos y espirituales. Entonces, no se puede plantear que se está investigando desde una visión transcompleja y seguirlo denominando conocimiento científico.

Algunos proponen la idea de una nueva narratividad científica, intentando ampliar los márgenes de lo que tradicionalmente se ha considerado conocimiento válido. Sin embargo, en este punto mantengo una postura radical: no resulta coherente afirmar que se piensa desde la transcomplejidad y, al mismo tiempo, seguir hablando de investigación científica o conocimiento científico en los términos convencionales.

Se explica que la transcomplejidad implica una ruptura epistemológica que trasciende los marcos de

la ciencia clásica, abriendo paso a formas de saber diversas y múltiples. Nombrar estos procesos como "científicos" es desconocer la magnitud del giro que propone la transcomplejidad.

Retomando la expresión de la transcomplejidad como pensamiento, este tiene la capacidad de abordar cualquier dimensión de la realidad. Es posible pensar la educación, el arte o cualquier otro campo desde esta perspectiva, reconociendo sus múltiples capas, tensiones y sentidos.

Siendo las cosas así, en lugar de buscar verdades únicas o replicabilidad, se privilegia la comprensión situada, la co-construcción de sentido y la complementariedad de saberes diversos: académicos, populares, ancestrales, espirituales en un diálogo profundo.

Por tales razones, puede desarrollarse investigación en educación o arte desde el transparadigma transcomplejo, lo cual implica una apertura epistemológica y metodológica que trasciende los enfoques disciplinares tradicionales y

permite la emergencia de saberes integradores y transformadores.

Figura 9. Libro Perspectiva Transcompleja de la Tecnociencia, Sociedad e Innovación
Fuente: Villegas (2019)

La figura 9 muestra la portada de un libro individual, resultado de una investigación de campo realizada por la autora, motivada por su redescubrimiento de los estudios sobre Ciencia, Tecnología, Sociedad e Innovación (CTSI). Como profesora de biología y química, se tuvo un primer

acercamiento a estos enfoques durante la formación docente.

No obstante, fue en el ejercicio reflexivo y práctico de la investigación donde encontré nuevas resonancias y posibilidades. El libro representa no solo un producto académico, sino también una síntesis vivencial que articula saberes científicos, pedagógicos y sociales desde una mirada transcompleja.

Posteriormente, en el año 2015 retomé el contacto con el enfoque CTSI al iniciar una investigación centrada en la limitada percepción que los estudiantes de posgrado tenían sobre el impacto social de la ciencia y la tecnología.

Esta indagación permitió identificar vacíos en la comprensión de la relación entre tecnociencia y sociedad, lo que llevó a proponer la perspectiva transcompleja como una vía de complementariedad para abordar dicha relación, incorporando dimensiones éticas, culturales e innovadoras que

suelen quedar al margen en los enfoques tradicionales.

Investigación transcompleja

¿Qué implica la investigación transcompleja? Supone un acercamiento profundo entre el ser humano y la naturaleza, una apertura hacia la comunicación del conocimiento científico, pero también hacia la reflexión filosófica. Reconoce la existencia de múltiples niveles de realidad, integra los imaginarios colectivos, la afectividad, la creatividad, la ciencia y, por supuesto, el arte.

Necesariamente implica complementariedad de conocimientos científicos y saberes ancestrales, de la cotidianidad, las cosas que se conocen por percepción, porque se piensa y afirma algo en particular. Es la intuición que a veces como investigadores se tiene.

Durante la conferencia que dio origen a este texto, el participante Torrealba señaló que: “reflexionar la educación desde la transcomplejidad implica ver la teleología de la educación”.

Efectivamente, así es, esta afirmación invita a considerar no solo los fines explícitos del proceso educativo, sino también sus propósitos implícitos, sus horizontes éticos, culturales y espirituales. Desde la transcomplejidad, la educación se concibe como una praxis orientada al sentido, al cuidado del otro y a la transformación de la realidad en múltiples niveles.

Ante la interrogante sobre si la transcomplejidad puede asumirse como un paradigma, Fernández (2006) propone que se trata más bien de un transparadigma, un espacio epistemológico donde coexisten lo lógico y lo paralógico, lo racional y lo irracional, el azar y la necesidad, la coherencia y la incertidumbre.

En este marco, el arte no queda excluido, sino que se integra como parte esencial de una visión que no sacrifica la totalidad del mundo, incluida su armonía estética. La transcomplejidad, así entendida, no impone fronteras, sino que habilita

encuentros entre saberes, sensibilidades y formas de existencia.

Tal planteamiento coincide con mi opinión que desde del inicio de este pensamiento ha tratado de caracterizar el paradigma transcomplejo (Villegas, 2009). En tal sentido, elabore una aproximación a sus dimensiones filosóficas: teleológicas, ontológicas, epistemológicas y metodológicas, que dan cuenta de la integralidad que busca esta postura investigativa.

Estas comprenden una teleología múltiple como finalidad de la investigación; ontología compleja en cuanto a la naturaleza de la realidad; epistemología de complementariedad en la relación recursiva entre el sujeto y la realidad.

De allí, que la recursividad implica movimiento por la realidad e impregnarse de esta, en distintos momentos, de distintas maneras, siendo en alguna ocasión espectador y en otra protagonista, pero comprendiendo que en cualquier parte de la trama

los papeles pueden cambiar, siendo ello fundamental para el discernimiento de la realidad.

En cuanto a la finalidad múltiple del paradigma transcomplejo, intenta explicar, comprender, transformar y recrear una nueva realidad. Tal vez no se logre transformar totalmente una realidad, pero si se logra que los miembros del equipo de investigadores o los actores de la realidad investigada piensen algo de manera diferente, por lo menos, se ha intentado un proceso de transformación que obviamente no se da de un día para otro, pero se inicia y ahí se recrea una nueva realidad.

Sin duda, requiere que la investigación transcompleja se plantee distintos tipos de propósitos u objetivos: cualitativo, cuantitativo y de complementariedad.

En el ejemplo del capítulo anterior, se necesitaría plantear un objetivo cuantitativo explicativo, tal como: explicar los elementos que

intervienen en la realidad de la educación universitaria para mantener las desigualdades.

Otro cualitativo de interpretación, como: Comprender la desigualdad educativa en un contexto particular. Así mismo, un objetivo que podría denominarse de complementariedad, que de alguna manera se corresponde con el objetivo general transcomplejo.

Dichos objetivos deben permitir abordar la realidad considerando elementos de orden cuantitativo y cualitativo interpretativo y sociocrítico, que plantee la posibilidad de transformación. Entonces la ontología de este paradigma puede plantear como es la realidad transcompleja de la educación.

A lo que Fraca (2006) un autor que no habló de transcomplejidad, planteaba que la realidad en estos tiempos se encuentra en el espíritu y a su vez este se encuentra en la realidad. Decía, que parecieran conceptuarse ambos como un tejido en el cual no parece verse una clara existencia de la realidad sin

el espíritu. Es una noción que puede aproximarse a la de una realidad de naturaleza transcompleja, diversa, multidimensional, real y virtual en construcción y construible.

En relación con la dimensión epistemológica del paradigma transcomplejo, si la realidad está tan unida al espíritu o sea el hombre, el sujeto que investiga, forma parte de la realidad investigada, observa y es observado, es una relación epistemológica que no puede ser ni objetiva ni subjetiva.

Entonces, se habla de objetividad dinámica o de subjetividad caleidoscópica, esta última terminología de la pensadora argentina Najmanovich (2001). También de una relación recursiva sujeto-realidad.

La transcomplejidad en su dimensión metodológica implica abordar la realidad desde múltiples miradas, reconociendo que ninguna metodología clásica, ni cuantitativa ni cualitativa por sí sola, puede responder plenamente a su multidimensionalidad y heterogeneidad.

Por ello, se requiere una nueva forma de investigar: una metodología de complementariedad, capaz de articular diversas estrategias, lenguajes y niveles de análisis. Esta propuesta la hemos denominado transmétodo, entendida como una vía flexible, relacional y situada, que permite integrar lo técnico con lo simbólico, lo objetivo con lo subjetivo y lo racional con lo afectivo, sin perder la coherencia del proceso investigativo.

Como señala Najmanovich (ob cit) investigar desde la transcomplejidad implica construir distintos itinerarios metodológicos según las problemáticas particulares. Esta perspectiva rechaza la rigidez de los enfoques únicos y promueve una apertura epistémica que se adapta a la singularidad de cada contexto.

En una ocasión, alguien expresó su escepticismo diciendo: “No creo en la transcomplejidad porque no tiene un método” Tiempo después, esa misma persona afirmó: “Ya encontré el método de la transcomplejidad, es la

abducción" A lo que se le respondió: "Si encontraste un único método, una única combinación metodológica, entonces no es transcomplejidad".

La respuesta revela una clave fundamental: la transcomplejidad no se define por una estrategia específica, sino por su capacidad de articular múltiples métodos en complementariedad, en función de las tensiones, sentidos y desafíos que emergen en cada proceso investigativo.

Justamente por ello se retoma el planteamiento de la autora citada, quien, sin referirse explícitamente a la transcomplejidad, afirmaba que los itinerarios metodológicos se construyen en función de la problemática. Esta afirmación puede considerarse una aproximación epistemológica transversal, puesto que en cualquier investigación clásica el diseño metodológico tampoco es una estructura fija, sino que puede transformarse sobre la marcha.

La realidad investigada interpela al investigador, lo descoloca, lo obliga a replantear sus estrategias.

En ese sentido, la transcomplejidad no impone un método, sino que habilita una lógica de complementariedad, apertura y reconfiguración constante, donde el transmétodo se convierte en una brújula más que en un mapa cerrado.

El detalle está en que no se pueden atribuir las debilidades de las investigaciones a los paradigmas, sino a las concepciones personales de quienes los aplican: sus formaciones, sus resistencias al cambio y sus modos de pensar. Por eso, siempre sostengo que la reflexión profunda y permanente, junto con el trabajo en equipo, son condiciones esenciales para que la combinación de métodos, los multimodos o la complementariedad metodológica, trascienda la mera aplicación técnica.

Como se ha venido señalando, incluso desde la caracterización de la realidad debe evidenciarse el pensamiento transcomplejo. Esto no solo exige una mirada multidimensional, sino también una reflexión constante sobre los hallazgos emergentes. En este proceso, el trabajo en equipo adquiere un papel

fundamental, pues permite que se tomen decisiones dinámicas y contextualizadas, en sintonía con las exigencias cambiantes de la realidad.

Todos estos planteamientos acerca de la vía metodológica de la investigación transcompleja se vienen haciendo desde el inicio de este pensamiento, el libro colectivo cuya portada se presenta en la figura 10 es una evidencia de lo señalado. Este libro reúne las reflexiones de diversos autores sobre la vía metodológica de la investigación transcompleja.

En este contexto, quien escribe ha intentado caracterizar una vía de aproximación a la producción de conocimiento desde esta cosmovisión, reconociendo su multidimensionalidad, su dinamismo y su apertura a lo físico, lo social y lo espiritual.

En otras palabras, la vía investigativa transcompleja se concibe como un espacio de confluencia entre la praxis reflexiva del sujeto y la construcción teórico-conceptual que da sentido a la

realidad. Es, en esencia, la labor pensante del sujeto en interacción constante con su entorno.

Esta vía no se presenta como una estructura fija ni como un método estandarizado, sino como una trayectoria viva que se transforma junto con la realidad que busca aprehender. En este sentido, investigar es también habitar el hacer: una construcción que se despliega en la acción, en la experiencia situada y en la apertura a lo emergente.

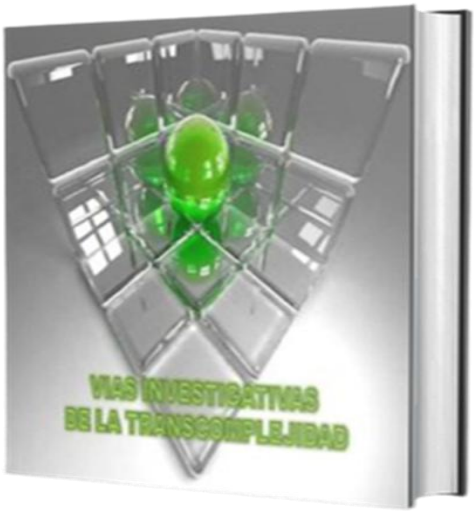

Figura 10. Libro Vías Investigativas de la transcomplejidad
Fuente: Villegas et al (2016)

REDIT, la Red de Investigadores de la Transcomplejidad se crea para el desarrollo y divulgación del pensamiento transcomplejo, en este sentido una de las ventajas de pertenecer a este grupo de investigación, quizás una de las fundamentales es el compromiso compartido con la formación permanente.

Este espíritu se evidenció claramente en el año 2015, cuando se dictó el primer programa posdoctoral en Investigación Transcompleja, todos los miembros de la red participaron activamente en el proceso.

Incluso aquellos que aún no contaban con el título de doctor se integraron a las actividades, aunque sin recibir certificación formal. Este gesto reafirma que, más allá de los títulos, lo que nos une es una vocación profunda por el pensamiento transcomplejo y su praxis transformadora.

En todos los casos, la facilitación de los espacios formativos no se asumió desde la individualidad, sino desde la complementariedad, los

facilitadores actuaron en pareja, encarnando el principio relacional de la transcomplejidad. Este libro colectivo es fruto de uno de los seminarios realizados en el marco de dichos estudios, en el cual quien escribe participó como parte de una dupla facilitadora.

De este modo, se invitó a los participantes a escribir, pero también se asumió el compromiso de escribir junto a ellos. La evidencia de esta praxis compartida se manifiesta en los diversos libros presentados a lo largo del texto, que son testimonio del pensamiento en red y de la construcción colectiva del saber.

Matriz transcompleja

La matriz transcompleja se presenta como parte del libro de autoría compartida entre Rosana Silva y mi persona (Villegas y Silva, 2019). En esta obra se propone una vía práctica para llevar a cabo investigaciones desde la perspectiva transcompleja, articulando fundamentos teóricos con ejemplos aplicados.

El texto culmina con una representación visual, en forma de árbol, de lo que hemos denominado la matriz epistémica transcompleja, símbolo vivo de un conocimiento que crece, se ramifica y se nutre de múltiples fuentes. Dicha matriz no solo orienta el proceso investigativo, sino que encarna la filosofía del pensamiento transcomplejo: relacional y abierto.

Figura 11. ¿Cómo hacer una investigación transcompleja? Fuente: Villegas y Silva (2021)

La matriz epistémica es la manera de conocer en un determinado contexto. Sus elementos pueden variar, pero en el caso de la investigación transcompleja involucra: una cosmovisión propia, la transciencia, el enfoque integrador transcomplejo, los principios transepistémicos y la transmetodología.

En la cosmovisión transcompleja ya no caben actitudes excluyentes o rivalidades, se asume la complementariedad epistémica a través de un dialogo entre iguales, pero desde las características específicas de cada disciplina o ámbito del conocimiento.

Todo este trabajo de encuentro de saberes desde la transcomplejidad requiere el aprendizaje y desarrollo de metodologías de trabajo en equipo, de redes y de integración entre diferentes disciplinas y especialidades que pueden estar dentro de una misma disciplina.

Surge, entonces, una nueva concepción de ciencia, la transciencia, que pretende entender el

mundo a partir de redes y de interrelaciones, que dada su gran complejidad se estructura en tres vertientes: naturales, sociales y espirituales, en un verdadero diálogo transdisciplinario. El conocimiento se asume como un producto transcomplejo, en permanente transformación, readecuación y resignificación.

Por consiguiente, el enfoque integrador transcomplejo se puede asumir como una visión de investigación de vanguardia porque en lo complementario trasciende las fronteras epistémicas y metodológicas para generar una visión más aproximada de las realidades fenoménicas presentes en diferentes planos en el que el hombre se posiciona.

Ello requiere de interconexión, de interrelación de los investigadores, que, en esfuerzo sinérgico, puedan llegar a consensos que aporten al conocimiento y, por ende, posiciones de encuentro y desencuentro en el mundo de las ideas.

La razón trans que no se conforma con valorar los elementos tangibles de la realidad, sino que aspira comprender lo sensible, lo invisible al ojo del investigador, la vivencia y sentimientos de las personas, el cambio y sus diversas aristas; pero no se queda ahí, sino que busca transformar cuando se amerite.

Como se ha venido planteado la investigación transcompleja implica, necesariamente, la complementariedad de métodos que incluya la opción cuantitativa, cualitativa y dialéctica.

La actitud del investigador transcomplejo está fundamentada en la intercolaboración con profesionales de diversas disciplinas que favorece la complementariedad, involucrándose con la realidad investigada a través de diversas técnicas. Requiere una actitud abierta a lo nuevo, al devenir, que no solo invita a transitar por otras disciplinas, sino también por los saberes no disciplinarios.

El enfoque integrador transcomplejo se plantea como la propuesta vigente dentro del paradigma

transcomplejo, en tanto no emerja un colectivo que se atreva a construir y sostener otros enfoques, con igual profundidad y coherencia.

Si bien ha habido intentos de avanzar hacia un enfoque crítico transcomplejo como lo planteó Fandiño (2018), estos esfuerzos no han sido continuados ni sistematizados en la misma medida. Esta situación revela tanto la potencia del enfoque integrador transcomplejo, como la necesidad de mantener abierta la posibilidad de nuevas configuraciones epistémicas que respondan a contextos diversos y desafíos emergentes.

Un nuevo lenguaje

Este requerimiento surge de una convicción profunda: si realmente se transforma la forma de pensar, es imprescindible también transformar la forma de comunicar ese pensamiento.

La transcomplejidad exige una nueva gramática del pensamiento, una forma de decir que sea coherente con el sentir, el hacer y el convivir que propone. Esto implica no solo redefinir los

conceptos, sino también los lenguajes, los formatos, los espacios y los vínculos desde los cuales se producen y se comparte saber. Por eso, se requiere descolonizar el lenguaje académico y a abrir caminos para una comunicación que honre la diversidad como dimensión legítimas del saber.

La figura 12 presenta la portada de un libro colectivo en el que se reflexiona sobre la relación entre pensamiento y lenguaje transcomplejo. Esta obra simboliza un gesto fundacional: investigar desde la transcomplejidad implica, desde el inicio, una apertura transdisciplinaria que transforma no solo lo que se piensa, sino también cómo se lo nombra.

En este sentido, el lenguaje transcomplejo no es un simple recurso expresivo, sino una dimensión epistemológica en sí misma. Su emergencia representa un enriquecimiento lexical que germina de la reflexión colectiva sobre los fundamentos, sentidos y prácticas del paradigma. Su uso recurrente, en contextos colaborativos, permitirá su

legitimación como lenguaje vivo, situado y transformador.

Así, el lenguaje transcomplejo se configura como una semántica en expansión, capaz de nombrar lo que aún no ha sido dicho, de vincular lo aparentemente disjunto, y de honrar la complementariedad afectiva, espiritual y cultural del pensamiento que lo sustenta.

Para Salazar (2012, p.65) el lenguaje transcomplejo abarca “la multidimensionalidad del conocimiento, por cuanto debe envolver la incertidumbre, el caos, lo impredecible de la realidad cotidiana sin separarla de su simplicidad, ya que también la incluirá”.

El lenguaje transcomplejo refleja, entonces, la intención del investigador y la multiplicidad de significados que puede ser ilimitada. De ahí que debe ser considerado en todas sus funciones: poética (contexto), emotiva (oyente), conativa (hablante), fática (atención) y metalingüística (código).

Todo cambio de modelo en la ciencia exige un nuevo lenguaje vivo, orgánico, cambiante y globalizante. Establecer un lenguaje transcomplejo no es una cuestión de coordinar terminologías o acuñar nuevas palabras artificiales. Tampoco es una cuestión de imponer una sola serie de categorías a toda temática.

Figura 12. Pensamiento y Lenguaje Transcomplejo
Fuente: Villegas et al (2018)

El recorrido presentado en esta obra refleja la visión particular de la autora sobre el pensamiento transcomplejo. Sin embargo, es fundamental comprender que dicho pensamiento no se impone como una fórmula única, sino que se configura en diálogo con la realidad, con el equipo transdisciplinario que lo encarna y con las tensiones que emergen en cada contexto.

Por ello, es perfectamente posible investigar sobre una misma temática, como la sociopolítica educativa, desde tres o cuatro equipos distintos y obtener conocimientos diversos, incluso si se parte de los mismos materiales teóricos.

Esto ocurre porque la mirada de cada persona y cada grupo está atravesada por su historia, su sensibilidad, su ética y su forma de habitar el conocimiento. La transcomplejidad, en este sentido, no busca homogeneizar, sino habilitar la pluralidad como fuente legítima de saber.

III.SOCIOPOLÍTICA EDUCATIVA SPCHEAL

Este capítulo se propone explorar una visión ampliada y transdisciplinaria de la sociopolítica educativa, enmarcada en el pensamiento transcomplejo. La intención es ofrecer una aproximación que desborde los límites disciplinares tradicionales, integrando saberes diversos para repensar los fundamentos, tensiones y posibilidades de la educación en su dimensión sociopolítica.

La visión ha sido denominada SPCHEAL, acrónimo construido a partir de las iniciales de las disciplinas consideradas en el ejercicio reflexivo: Sociología, Psicología, Politología, Computación, Historia, Economía, Ética, Estética, Antropología, Lingüística y lo Legal.

El propósito es plantear una lectura compleja de la sociopolítica educativa, que permita articular múltiples perspectivas en diálogo, reconociendo que el pensamiento transcomplejo exige una apertura

epistémica y metodológica que convoque la pluralidad de saberes y sensibilidades.

Visión desde las ciencias naturales

En el marco del enfoque SPCHEAL, este apartado plantea el aporte de las ciencias naturales a la comprensión de la sociopolítica educativa desde la transcomplejidad. La selección de disciplinas no responde a una fórmula fija, sino a un ejercicio reflexivo situado, que reconoce la necesidad de integrar saberes diversos en función de los desafíos contemporáneos.

Desde las ciencias naturales se consideraron como disciplinas para este ejercicio reflexivo: la computación y la economía (que, a pesar de no ser considerada una ciencia natural, su características de cierta dureza y su finalidad en el estudio de la producción, distribución y consumo de bienes y servicios) permitieron asumirla. Otro investigador o equipo podría seleccionar otras áreas y eso es precisamente lo que caracteriza la transcomplejidad:

su apertura a múltiples itinerarios según la realidad abordada.

La figura 13 presenta la portada de un libro que aborda la relación entre las ciencias naturales y la transcomplejidad, como parte de este esfuerzo por integrar saberes y construir nuevas formas de comprensión.

Figura 13. Portada Libro Ciencias Duras y Transcomplejidad
Fuente: Villegas et al, 2018

Dentro de este marco, la economía estudia cómo las sociedades gestionan sus recursos limitados para producir, distribuir y consumir bienes y servicios, abarcando desde las necesidades humanas más básicas hasta fenómenos como el comercio internacional y la innovación tecnológica. Su influencia incide directamente en la vida de las personas, moldeando decisiones políticas, sociales y educativas.

En este contexto, la computación, como disciplina tecnológica, se vuelve indispensable para pensar la educación contemporánea, dada su papel en la transformación digital, la automatización de procesos y la creación de nuevas formas de interacción y aprendizaje.

De este modo, la **economía** es fundamental para comprender cómo la asignación y el uso de recursos económicos, humanos y financieros inciden directamente en el funcionamiento y la calidad de los sistemas educativos. Ofreciendo como disciplina la

opción de analizar cómo las políticas públicas impactan la gestión y distribución de dichos recursos en las instituciones educativas, lo que permite optimizar su desempeño y avanzar hacia una mayor equidad y efectividad en los procesos formativos.

Según Espinosa (2024), la intersección entre la economía de la educación y la política pública constituye un eje estratégico para el diseño e implementación de sistemas educativos efectivos y equitativos. Este vínculo exige una comprensión profunda de las relaciones entre educación y economía; así como un compromiso ético con la equidad y la calidad. Cuando las políticas educativas están bien formuladas, pueden generar impactos significativos y sostenibles en el bienestar económico y social de una nación.

En función de lo planteado, las políticas económicas también ejercen una influencia decisiva sobre las políticas educativas. Las decisiones gubernamentales en torno a presupuestos, prioridades de gasto y distribución de recursos

condicionan directamente el alcance, la calidad y la equidad de las acciones educativas. En esta dirección, el argentino Jaime Perczyk (2025) afirma con contundencia que “la primera política educativa es la política económica”, subrayando la interdependencia estructural entre ambos campos.

Visto de esta forma, la política ofrece herramientas y enfoques clave para analizar el impacto, los límites y los alcances de la sociopolítica educativa. Su aporte resulta esencial para la toma de decisiones informadas que promuevan el desarrollo social y garanticen la equidad de oportunidades, fortaleciendo así el carácter público, ético y transformador de la educación.

Por su lado, las ciencias de la **computación** o **informática** constituyen una de las disciplinas de mayor crecimiento e impacto en la actualidad, debido a la amplia gama de aplicaciones que ofrecen los sistemas informáticos en múltiples ámbitos. Esta disciplina se centra en el estudio de los sistemas de gestión de la información, abarcando desde el

procesamiento de datos hasta el diseño de algoritmos y plataformas digitales. Sus aplicaciones se extienden a diversas ramas del conocimiento, como se evidencia en la tabla 1 que se presenta a continuación.

Tabla 1
Disciplinas y ramas de la computación

Disciplinas	Ramas
Ingeniería de sistemas	Estructura de datos y algoritmos
Ciencias de la informática	Sistemas operativos
Sistemas de información	Estructura de computadores
Tecnología de la información	Lenguaje de programación
Ingeniería de software	Seguridad y redes

Fuente: Villegas (2025)

De este modo, la computación ha reconfigurado profundamente la comprensión de la sociopolítica educativa, al ofrecer marcos de acción que promueven la inclusión, la equidad, la reflexión crítica y la democratización plural del conocimiento.

Estos principios, fundamentales en toda política educativa comprometida con la justicia social, se ven

potenciados por herramientas informáticas que operan en distintos niveles, desde el diseño de plataformas adaptativas que reconocen la diversidad de aprendizajes, hasta sistemas de análisis que visibilizan desigualdades estructurales y favorecen la toma de decisiones éticas y colaborativas. Entre los niveles se tienen:

-En su rol como mediadora de los procesos educativos, la computación se configura como una herramienta transversal que incide en todos los ámbitos de la educación y la gestión institucional. Su integración permite una organización más proactiva, una toma de decisiones más informada y una comunicación más fluida entre los distintos sectores educativos y la comunidad. Esta transversalidad no solo optimiza procesos, sino que también fortalece el tejido relacional y ético que sostiene la práctica educativa.

-El uso de la tecnología contribuye al desarrollo de modelos educativos más equitativos y participativos, aspectos clave en la agenda

sociopolítica contemporánea. Su integración favorece la inclusión, la diversidad y la equidad de oportunidades, al reducir brechas tanto geográficas como sociales. De este modo, la tecnología se convierte en una aliada estratégica para democratizar el acceso al conocimiento y fortalecer el derecho a una educación de calidad para todos.

-Las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) promueven nuevas formas de aprendizaje, estimulan el pensamiento crítico, habilitan la transformación creativa y fomentan la reflexión profunda sobre los fenómenos sociales y políticos.

Su integración en los procesos educativos potencia la formación de ciudadanos más informados, capaces de analizar su entorno, participar activamente en la vida pública y contribuir a su transformación desde una perspectiva ética, plural y comprometida.

Visión desde las ciencias sociales

En el marco del enfoque transcomplejo, las ciencias sociales ofrecen un conjunto de lentes interpretativas que permiten comprender la sociopolítica educativa en su complejidad, historicidad y dimensión relacional.

De lo anteriormente expuesto, se propone una reflexión sobre la sociopolítica educativa desde el prisma de las ciencias sociales. Para ello, se seleccionaron las siguientes disciplinas: antropología, historia, politología, psicología, sociología y el ámbito legal. Dicha selección responde a un ejercicio situado que busca articular saberes diversos para comprender la complejidad de los procesos educativos en su dimensión sociopolítica.

Comenzamos con la **antropología**, es una ciencia reflexiva que, basada en el diálogo sociocultural, estudia la diversidad de las expresiones humanas en sus múltiples dimensiones. Se presenta como una disciplina fundamental para

el análisis de las sociedades, al permitir comprender los sentidos, prácticas y estructuras que configuran la vida colectiva.

En este sentido, Pérez Alonso (2011) plantea que la antropología puede aportar significativamente a la educación, al concebirla como una ciencia de lo humano, de la sociedad y de la cultura, así como también como un saber filosófico que interpela los fundamentos éticos y simbólicos del acto educativo.

Sin duda, la antropología considera al ser educando desde una perspectiva integral: biológica, simbólica y cultural. No se limita a analizar los procesos de mediación cultural entre diversas culturas, sino que desciende a lo particular, a lo circunstancial y concreto de cada grupo humano.

El enfoque invita a conocer, comparar y comprender las singularidades que configuran las experiencias educativas, reconociendo la diversidad como fuente legítima de saber y transformación, por consiguiente, se destacan:

-Las motivaciones, valores y referentes culturales que configuran la experiencia de quienes participan en procesos educativos.

-Los contextos de enculturación (familia, escuela, comunidad) actúan como escenarios intersubjetivos donde se transmiten y resignifican valores, normas y saberes, influyendo en la construcción de identidad y en los procesos educativos.

-La transformación temporal y contextual de los procesos educativos y culturales en diálogo con las motivaciones personales y los entornos de enculturación; evidencia una articulación compleja entre el sujeto, la educación y la organización cultural. Esta interacción configura un sistema dinámico que integra dimensiones individuales, colectivas e institucionales y que requiere ser comprendido como totalidad en constante cambio.

Analiza cómo los procesos educativos se configuran y transforman bajo la influencia de factores sociales, culturales, políticos, económicos e

ideológicos, reconociendo su papel en la promoción de saberes y valores, así como en la conformación de identidades individuales y colectivas.

Por ello, se trata de comprender la educación como un acto cultural que moldea identidad colectiva y refleja las relaciones de poder presentes en la sociedad. Desde esta perspectiva, se habilita un análisis crítico sobre cómo ciertos grupos son marginados o empoderados dentro del sistema educativo, revelando las dinámicas de exclusión, resistencia y transformación que atraviesan los procesos formativos.

Resulta claro, que al aporta herramientas para el diseño de políticas y prácticas educativas más contextualizadas y equitativas, esta perspectiva favorece una comprensión de la educación como un espacio de interacción sociopolítica, donde no solo se comparten conocimientos, sino también valores, normas y formas de vida.

En este proceso, se configuran las relaciones sociales y las identidades políticas de los sujetos,

revelando el carácter formativo, ético y transformador de la acción educativa.

También conviene acotar, que la formación docente en esta perspectiva ofrece herramientas fundamentales para comprender la diversidad cultural y social presente en el aula. Promueve una educación intercultural y crítica, sensibilizando sobre las desigualdades sociopolíticas que atraviesa el sistema educativo y fortaleciendo el compromiso ético del educador con la justicia, la inclusión y el reconocimiento de las diferencias.

Sucede pues, que contribuye de manera significativa a la comprensión de la sociopolítica educativa al analizar la educación desde una perspectiva cultural y social que permite revelar las dinámicas de poder, identidad y contexto que atraviesan los procesos formativos.

Visto de esta mirada, facilita la construcción de políticas y prácticas educativas que reconozcan y valoren la diversidad cultural, al tiempo que abordan

críticamente las tensiones sociopolíticas presentes en los distintos escenarios educativos.

Entonces, el papel de la antropología cultural en la educación, según Velasco Orozco y Reyes Montes (2011), puede abordarse desde dos ámbitos fundamentales:

-El fenómeno educativo desde una perspectiva cultural, integrando enfoques teóricos y metodológicos que permiten comprender las prácticas, significados y dinámicas socioculturales implicadas en los procesos de docencia y aprendizaje.

- Permite reconstruir y evidenciar los alcances de los desajustes y dependencias presentes en los procesos educativos, así como analizar las dinámicas segregadoras que operan en el entorno inmediato.

Desde esta mirada, la antropología cultural examina el papel de la educación en el sistema cultural y en el modelo social emergente, articulando dicha reflexión con una sólida construcción teórica y

una fundamentación ética basada en el compromiso social, elementos indisociables de su enfoque.

Por su lado, la **historia** aporta elementos fundamentales para la comprensión de la sociopolítica educativa, al ofrecer una mirada crítica y contextualizada sobre cómo se han conformado, transformado y perpetuado los sistemas, prácticas, discursos y estructuras educativas a lo largo del tiempo.

Este enfoque permite identificar continuidades y rupturas, visibilizar procesos de exclusión y resistencia y comprender cómo las decisiones del pasado configuran los escenarios educativos actuales. Entre sus principales aportes se destacan:

-La educación, entendida como una construcción sociohistórica, revela que la universidad, la escuela y las prácticas pedagógicas no son entidades estáticas ni universales, sino expresiones situadas de procesos sociales, políticos y culturales específicos.

Analizar su desarrollo histórico permite desnaturalizar sus formas actuales, reconociendo que lo educativo se configura en tensión constante entre continuidades, rupturas y la coexistencia de múltiples tradiciones, saberes y experiencias. Esta mirada posibilita comprender la diversidad de modelos y sentidos que conviven en un mismo sistema, así como los conflictos y negociaciones que lo atraviesan.

-Contextualizar las prácticas y políticas educativas desde una perspectiva histórica permite visibilizar que leyes, programas y enfoques pedagógicos no emergen de manera aislada, sino como respuestas situadas a presiones y demandas sociales, políticas y económicas específicas.

La historia revela las tramas de poder, los intereses en juego y las condiciones que moldean cada decisión educativa. Comprender los antecedentes de una política no solo esclarece sus objetivos explícitos, sino también sus limitaciones

estructurales y las repercusiones intencionadas o no, que genera en los distintos actores y territorios.

-Desde una visión crítica y transformadora, el estudio histórico fomenta en docentes, estudiantes y demás actores educativos habilidades de análisis profundo que permiten no solo comprender el origen de los problemas y desafíos actuales, sino también imaginar alternativas y caminos de transformación.

Es así como la historia se convierte en una herramienta para la acción política y la construcción de una ciudadanía crítica, al conectar el pasado con el presente y proyectar escenarios posibles hacia el futuro, siempre desde una perspectiva ética, situada y plural.

-Concebir a docentes, estudiantes y demás actores educativos como sujetos históricos implica reconocer su capacidad de agencia, resistencia y transformación dentro de los procesos formativos. La historia visibiliza su protagonismo en los bloqueos, disputas y avances del sistema educativo, devolviéndoles un rol activo en su evolución.

Esta perspectiva permite comprender la educación no como un proceso impuesto, sino como una construcción colectiva en constante diálogo con las tensiones sociales, políticas y culturales de cada época.

-La conciencia y la memoria histórica constituyen pilares fundamentales para comprender y transformar la realidad educativa. El conocimiento histórico no solo permite reconstruir el pasado, sino que posibilita el desarrollo de una conciencia histórica y social que da sentido a las prácticas educativas actuales. Esta conciencia contribuye a la construcción de identidades individuales y colectivas, fortaleciendo el vínculo entre sujetos y contextos.

Desde esta perspectiva, la acción sociopolítica en educación se orienta desde, para y sobre la realidad concreta, reconociendo las huellas del pasado, las tensiones del presente y las posibilidades de futuro.

También cabe considerar, la **politología** o ciencia política que según Gayubas (2025) es la disciplina encargada de estudiar los sistemas políticos y de gobierno, así como los comportamientos sociales e individuales que intervienen en la dinámica política.

Este enfoque abarca dimensiones culturales, institucionales y psicológicas, permitiendo comprender cómo se configuran las relaciones de poder, las decisiones colectivas y los procesos de legitimación en distintos contextos. En el ámbito educativo, esta perspectiva resulta clave para analizar la formación ciudadana, la participación democrática y la construcción de sujetos políticos críticos.

Ahora bien, el estudio de la sociopolítica educativa enriquece la comprensión de los procesos formativos al revelar que la educación no es un espacio neutral, sino un campo de disputa de poder donde se definen y confrontan proyectos de sociedad. Desde una perspectiva transdisciplinaria

que articula saberes de la sociología, la economía, la pedagogía y otras disciplinas - se torna posible analizar críticamente fenómenos como la privatización, la inequidad estructural y el lugar del cuerpo docente en la transformación social.

En efecto, este enfoque permite visibilizar las tensiones entre políticas públicas, intereses corporativos y movimientos sociales, reconociendo a la educación como territorio estratégico para la construcción de justicia, democracia y dignidad colectiva.

Algunas de las manifestaciones es que ofrece herramientas clave para comprender la relación entre el Estado, las políticas educativas y las desigualdades sociales. Se reconoce que dichas políticas no solo responden a contextos políticos, económicos y filosóficos más amplios, sino que también tienden a reflejar y reproducir desigualdades estructurales como las brechas entre educación pública y privada, o entre zonas urbanas y rurales.

Desde esta perspectiva, la educación se entiende como un espacio de formación política y social, donde se configuran las subjetividades ciudadanas y se disputan los sentidos de lo público, lo justo y lo común.

Mientras que la **psicología** permite la comprensión de la sociopolítica educativa al aportar marcos teóricos y metodológicos para entender como los procesos educacionales están imbricados con factores sociales y políticos.

Esto lo hace en tres grandes líneas: (a) entendimiento del aprendizaje en contexto sociocultural, (b) el análisis de carácter político y socializador de la formación ciudadana y (c) la promoción de políticas educativas críticas y comunitarias con el potencial transformador social.

Igualmente, desde la psicología educativa se enfatiza el análisis del proceso de facilitación del aprendizaje, considerando al estudiante como un ser biopsicosocial, cuyo desarrollo cognitivo, emocional

y social está profundamente influido por su contexto sociopolítico.

En suma, esta perspectiva integral permite comprender las dificultades de aprendizaje, las dinámicas de interacción en el aula y las respuestas afectivas y conductuales de los estudiantes, reconociendo la interdependencia entre subjetividad, entorno y práctica pedagógica.

Además, la psicología política aporta herramientas fundamentales para el análisis de los programas de socialización política implícitos en las prácticas educativas, lo cual resulta vital para comprender los procesos de formación ciudadana; así como la construcción de valores, actitudes y el sentido de respeto o cuestionamiento hacia el orden sociopolítico vigente.

Esta mirada permite problematizar los supuestos de neutralidad y objetividad en la educación, evidenciando su carácter político y su estrecha vinculación con el momento sociohistórico en que se

inscribe, lo que abre espacio para una pedagogía crítica y contextualizada.

De la misma forma, surge la psicología comunitaria, ésta propone una visión de la educación como proceso político y colectivo, centrado en la participación activa, la autoconciencia crítica y la colaboración entre actores sociales.

Esta perspectiva entiende las prácticas educativas como espacios de construcción compartida de conocimientos y de acción transformadora, donde se articulan saberes, experiencias y vínculos comunitarios orientados al cambio social.

También, la sociología contribuye de manera decisiva a la comprensión de la sociopolítica educativa al ofrecer un análisis crítico y reflexivo sobre cómo las estructuras sociales, las relaciones de poder y los procesos culturales influyen y a su vez son moldeados por las políticas educativas.

A la vez esta perspectiva permite visibilizar las desigualdades, tensiones y disputas que atraviesan

el campo educativo, reconociendo su carácter estructural, histórico y profundamente político. Específicamente, ayuda en los siguientes procesos:

-Diseño de planes de estudio y políticas educativas flexibles, capaces de adaptarse a las necesidades sociales y culturales reales de los estudiantes, promoviendo una educación más inclusiva, contextualizada y equitativa.

-Ofrece una mirada crítica que permite identificar áreas de mejora dentro del sistema educativo, promoviendo procesos de reforma continúa sustentados en evidencia empírica, análisis contextual y participación de los actores involucrados. Esta perspectiva fortalece la capacidad de respuesta del sistema ante los desafíos sociales, culturales y pedagógicos contemporáneos.

-Permite comprender la perspectiva y experiencia de los estudiantes, integrando sus voces en los procesos de toma de decisiones y aportando un enfoque humano, inclusivo y contextualizado a la

gestión educativa. Este reconocimiento fortalece la construcción de entornos de aprendizaje más justos, empáticos y significativos.

-Analiza el papel del Estado en la educación, evidenciando cómo la sociopolítica educativa se configura en torno a procesos de legitimación institucional, disputas por el sentido de lo público y dinámicas de dominación cultural. Desde la mirada crítica permite comprender la educación como un campo de tensión entre intereses hegemónicos y proyectos emancipadores, donde se negocian identidades, saberes y derechos.

-Examina cómo la educación puede reproducir estructuras sociales mediante procesos de socialización y selección que refuerzan desigualdades existentes. Sin embargo, también se reconoce su potencial como motor de cambio social, al posibilitar la construcción de nuevas subjetividades, la ampliación de derechos y la transformación de las condiciones de vida.

Esta doble dimensión exige una mirada crítica que articule reproducción y emancipación en el análisis educativo. Escalante (2023) considera la relación entre la sociopolítica educativa y la epistemología para comprender la historicidad y evolución de políticas educativas en todos los niveles.

Por ello, la sociología ofrece un marco para entender como las políticas, las estructuras sociales y los procesos educativos se interrelacionan, orientando mejores prácticas y reformas basadas en un conocimiento profundo del contexto social y político donde se desarrolla la educación.

De igual importancia, lo **legal** se refiere al conjunto de normas, leyes y reglamentos que regulan el sistema educativo de un país. En la sociopolítica educativa tiene un doble rol: (a) es el marco normativo y jurídico que regula la educación y (b) es un componente clave en la formación de una ciudadanía basada en el respeto y cumplimiento de

las leyes dentro de una sociedad democrática y justa.

Lo legal aporta a la comprensión de la sociopolítica educativa al establecer derechos, deberes y responsabilidades de los actores involucrados en la educación. Asegura los derechos, promueve la equidad y define estándares de calidad educativa que orienta la planificación, ejecución y evaluación de las políticas educativas.

También establece responsabilidades para el Estado, la universidad, la escuela y la familia, integrando la educación en un proyecto sociopolítico que busca formar ciudadanos con conocimiento crítico y participación en la sociedad.

En la figura 14, se presenta el libro: Ciencias Blandas y Transcomplejidad, que es una visión del potencial de las ciencias sociales en la investigación, en su capacidad de comprender lo humano en su multidimensionalidad: afectiva, simbólica, histórica, jurídica y política.

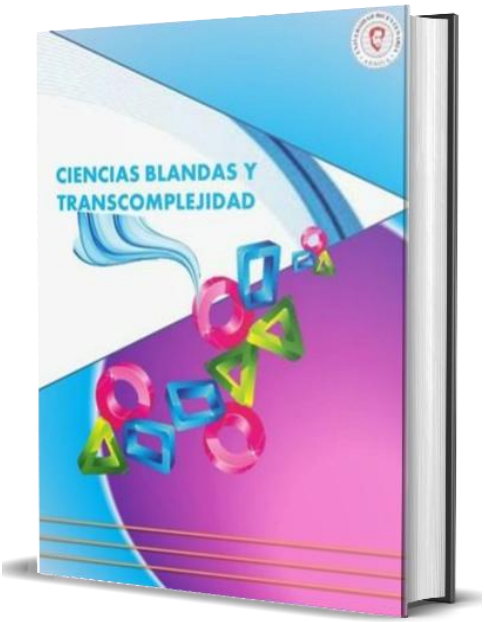

Figura 14. Libro Ciencias Blandas y Transcomplejidad
Fuente: Villegas et al (2019)

Desde la mirada transcompleja, las ciencias blandas al dialogar con la realidad de la sociopolítica educativa, se convierten en territorios fértiles para la construcción de políticas educativas más justas, sensibles y adaptativas, capaces de responder a las

urgencias del presente sin renunciar a la memoria del pasado.

Visión desde las ciencias humanas

La visión de la sociopolítica educativa desde las ciencias espirituales o humanas exige la incorporación de aportes fundamentales provenientes de la ética, la estética y la lingüística, como las disciplinas seleccionadas para el ejercicio reflexivo realizado. Estas disciplinas, profundamente enraizadas en la filosofía, permiten repensar la educación como un proceso cultural, simbólico y ético.

Para ello, se requiere la participación de especialistas en filosofía, que aborden la ética y la estética como marcos interpretativos y en lingüística, que analicen los discursos, narrativas y prácticas comunicativas que configuran el campo educativo. Por supuesto, el diálogo con la pedagogía es indispensable, ya que el objetivo es reconstruir la sociopolítica educativa desde una perspectiva humanista, plural y transformadora.

Las ciencias del espíritu, según Monteagudo (1992) pueden denominarse de diversas maneras: ciencias nomológicas, filosóficas o humanas. En el presente material se adopta la denominación de ciencias humanas, por considerar que esta categoría permite articular con mayor claridad los aportes de la ética, la estética y la lingüística en el análisis de la sociopolítica educativa.

En suma, la propuesta es reflexionar la sociopolítica educativa desde una visión filosófica y profundamente humanista, reconociendo que lo humano, en su pluralidad y complejidad, constituye el núcleo de toda acción educativa. Estudiantes, docentes, directivos y comunidades académicas no son meros receptores o ejecutores de políticas, sino sujetos históricos, éticos y políticos que configuran y transforman el sistema educativo.

Sin duda, disciplinas como la ética, la estética y la lingüística ofrecen marcos interpretativos esenciales para comprender las tensiones, sentidos y posibilidades de la educación. La figura 15

presenta el libro Las Ciencias Espirituales y la Transcomplejidad, que ilustra un ejercicio previo acerca de la temática realizada por un grupo de investigadores, entre los que me encuentro, donde se articulan diversas disciplinas filosóficas para pensar la investigación.

Figura 15. Libro Ciencias Espirituales y Transcomplejidad
Fuente: Villegas et al (2019)

La **ética** es una disciplina esencial en la comprensión de la sociopolítica educativa porque orienta tanto la formación de personas como las

prácticas institucionales hacia la construcción de un proyecto educativo que responda a las demandas sociales de justicia y participación democrática.

Además, la ética en la educación desempeña un papel esencial en la formación de ciudadanos capaces de participar activamente en los procesos sociopolíticos, promoviendo el bienestar común y contribuyendo a la construcción de una sociedad más justa.

En este sentido, Ziadet Bermúdez et al (2025) destacan que la ética es clave para formar personas comprometidas con su comunidad y con el avance hacia una sociedad más equitativa. Esta perspectiva ética no solo orienta las prácticas pedagógicas, sino que también fortalece la conciencia crítica, la responsabilidad colectiva y el sentido de justicia en los actores educativos.

También, la ética impulsa la reflexión crítica de los valores, la responsabilidad social y la empatía entre los estudiantes, elementos centrales para entender y actuar en la realidad sociopolítica

educativa. Así mismo, los docentes y la cultura institucional desempeñan un rol fundamental como referentes éticos y promotores de valores que configuran el ambiente educativo.

Su ejemplo cotidiano, sus decisiones pedagógicas y su coherencia entre discurso y práctica inciden directamente en la formación de ciudadanos críticos, comprometidos con el bienestar colectivo y capaz de cuestionar las injusticias sociales. Por ello, cuando la ética se encarna en las relaciones y políticas institucionales, se convierte en una fuerza transformadora que trasciende el aula y fortalece la construcción de la ciudadanía.

Sobre esta perspectiva, se promueve una educación crítica, comprometida con la justicia, la equidad y la transformación social. En este contexto, Levinson (2015) analiza cómo la educación puede enfrentar las complejidades éticas de la vida real, especialmente en relación con los estudiantes marginados, reconociendo sus experiencias, voces

y derechos como parte esencial de una pedagogía inclusiva.

De esta manera, la ética en el ámbito educativo ofrece un fundamento esencial para comprender y transformar la sociopolítica educativa desde principios de equidad, justicia social y participación democrática. Estos elementos no solo son indispensables para mejorar la calidad de la educación, sino también para fortalecer su sentido social, reconociéndola como un derecho, una práctica liberal y un espacio de construcción colectiva.

Por su parte, la **estética**, tradicionalmente vinculada al arte y la belleza, ha conquistado un lugar esencial en el campo educativo, aportando claves valiosas para comprender la dimensión sociopolítica de la educación. Su alcance trasciende la mera apreciación artística, posicionándose como una herramienta crítica para interpretar los procesos educativos en sus entramados sociales, culturales y

políticos. Entre sus principales contribuciones destacan:

-Fomento de la sensibilidad crítica, la estética incorpora la dimensión sensible, emocional y subjetiva al campo educativo, abriendo espacios para una reflexión que trasciende el análisis de datos y hechos objetivos. Al integrar lo afectivo y lo perceptivo, permite a investigadores y educadores interrogar la realidad desde una mirada más humana, plural y situada, reconociendo que la comprensión de lo educativo exige atender tanto a las estructuras como a las vivencias que las atraviesan.

-La educación estética promueve el desarrollo de una conciencia que va más allá de la mera apreciación del arte. Implica la capacidad de percibir la belleza, la armonía y también la disonancia en los entornos sociales, culturales y naturales. Esta conciencia estética se convierte en una herramienta poderosa para el análisis crítico de las estructuras de poder, las narrativas dominantes y las injusticias que

atraviesan la vida cotidiana, habilitando una sensibilidad transformadora que articula lo ético, lo político y lo afectivo.

-El arte y las experiencias estéticas se constituyen como medios de emancipación subjetiva y colectiva, al permitir la reinvención de la identidad y el cuestionamiento de las formas de alienación y reificación que afectan las relaciones interpersonales.

Dichas experiencias no solo movilizan lo sensible, sino que también estimulan el pensamiento crítico y creativo, fundamentales para la toma de decisiones conscientes y la formación de ciudadanos comprometidos con la transformación social. En este sentido, la estética se convierte en una vía para recuperar la dignidad del sentir, del imaginar y del actuar en comunidad.

-La estética puede inspirar pedagogías alternativas orientadas a transformar la conciencia social, al valorar aquello que habitualmente pasa

desapercibido en los procesos educativos: lo sensible, lo cotidiano, lo marginal.

Esta perspectiva permite integrar de manera significativa lo curricular y lo extracurricular, tanto en la formación general como en la formación docente, reconociendo que el aprendizaje ocurre en múltiples espacios y tiempos, y que la experiencia estética puede ser una vía para resignificar la práctica educativa desde una mirada crítica, creativa y humanista.

La **lingüística** en la comprensión de la sociopolítica educativa, aporta herramientas teóricas y prácticas para abordar la diversidad lingüística y cultural en la educación, promoviendo la equidad, evitando la exclusión por diferencias sociolingüística y potenciando una educación crítica y transformadora en contextos sociopolíticos diversos.

Se observa que en escenarios sociopolíticos diversos, la lingüística contribuye a visibilizar las relaciones de poder inscritas en el lenguaje, reconociendo las voces históricamente marginadas

y potenciando procesos de docencia que respeten la pluralidad de identidades, saberes y formas de expresión.

Este aporte es fundamental ya que el lenguaje no es solo una herramienta de comunicación, sino también un reflejo y una construcción de la realidad social y política. La forma en que se habla, las palabras elegidas, la estructura de las frases y los discursos que se producen están íntimamente ligados a las relaciones de poder, las ideologías y los conflictos que definen la vida de la sociedad.

Resulta claro, que el análisis del discurso en sus diversas vertientes es quizás la contribución más directa y visible. En el ámbito sociopolítico implica el estudio de los discursos políticos, mediático y de los movimientos sociales.

Desde este punto de vista, la sociolingüística estudia las variaciones lingüísticas en relación con el estatus social, las dinámicas de poder y la elección de códigos comunicativos, revelando cómo el lenguaje refleja y reproduce estructuras sociales.

Por su parte, la pragmática se enfoca en el significado contextual del lenguaje, analizando los actos de habla, las implicaturas, las proposiciones y los mecanismos de cortesía o descortesía.

Ambas disciplinas ofrecen herramientas clave para comprender cómo se construyen las interacciones educativas, cómo se negocian los sentidos y cómo se configuran las relaciones de autoridad, inclusión y reconocimiento en el aula y en la institución.

Del mismo modo, la semántica, referida al significado de las palabras y las oraciones; así como la semiótica, con los signos y símbolos; estudian la construcción de ideologías, eufemismos y lenguajes políticamente correctos y simbolismos políticos.

La lingüística, entonces, proporciona un conjunto de herramientas analíticas para ir más allá del contenido explícito de los mensajes sociopolíticos y examinar como el lenguaje se utiliza como instrumento de poder, persuasión y construcción de identidades. La comprensión de la sociopolítica

educativa sin la lingüística sería incompleta, ya que se ignoraría el papel central del lenguaje en la configuración de la realidad social.

Siendo así, el entramado recursivo de la sociopolítica educativa, abordado desde las ciencias naturales, sociales y humanas, configura una perspectiva transcompleja que permite comprender la educación como fenómeno multidimensional, dinámico y plural.

Esta mirada de complementariedad, que se ilustra en la figura 16, articula saberes diversos para revelar las interacciones entre estructuras, subjetividades y contextos, reconociendo que la transformación educativa exige el diálogo entre disciplinas, temporalidades y niveles de realidad.

Se representa las disciplinas asumidas para construir una mirada transcompleja de la sociopolítica educativa, abordada desde las ciencias naturales, sociales y humanas de manera complementaria. Este enfoque permite visibilizar cómo cada campo aporta dimensiones específicas,

biológicas, estructurales, simbólicas, éticas, al entramado transcomplejo de lo educativo.

Desde la perspectiva transcompleja, esta representación no busca la síntesis reductiva, sino la articulación plural de saberes que, en su interacción, configuran horizontes más integrales para la explicación, comprensión y transformación de los procesos sociopolíticos en educación.

Además, la figura incluye una línea punteada que ejemplifica la relación entre los tres tipos de disciplinas: naturales, sociales y espirituales, mostrando cómo su interacción puede dar lugar a campos híbridos de conocimiento.

Por ejemplo, la economía, asumida coma ciencia dura, se vincula con la politología, como ciencia blanda, dando origen a la economía política. Asimismo, la economía puede articularse con la ética, como ciencia filosófica, generando enfoques como la economía ética o la ética económica, según la orientación teórica.

Estas interrelaciones evidencian el potencial de la transcomplejidad para construir marcos investigativos más integrales, capaces de abordar la educación desde múltiples niveles de realidad y compromiso humano.

En este sentido, Restrepo (2023) propone que los programas educativos incorporen transversalmente elementos éticos en todas las disciplinas, desde las ciencias exactas hasta las humanidades, con el fin de fomentar una reflexión constante sobre las implicaciones éticas que atraviesan los diversos campos del saber. Esta complementariedad no solo enriquece la formación académica, sino que también fortalece la conciencia crítica y el compromiso ético de los estudiantes frente a los desafíos contemporáneos.

Figura 16. Visión transcompleja de la sociopolítica educativa
Fuente: Elaboración propia (2025)

Entonces, ¿Qué es la propuesta transcompleja? Constituye una visión plural y abierta que busca captar la diversidad del mundo, reconociendo que este esfuerzo es inacabable por naturaleza. Implica, por tanto, una disposición permanente al diálogo

entre distintas formas de conocimiento, sin pretensión de clausura ni jerarquía epistemológica.

Desde esta perspectiva, señala León Suárez (2019) el diálogo se sitúa en el centro de la formación, como vía para comprender el mundo, la historia y la propia subjetividad. Esta apertura transdisciplinaria permite construir sentidos compartidos, reconociendo la interdependencia entre saberes, culturas y experiencias.

Siguiendo esta lógica plural, ¿Cómo podría comprenderse verdaderamente el mundo si se lo aborda únicamente desde el conocimiento científico? Tal pretensión resulta limitada y excluyente. Es indispensable reconocer y valorar otros saberes: ancestrales, comunitarios, populares, filosóficos, espirituales, que también configuran la comprensión de la realidad.

En consecuencia, la propuesta transcompleja invita a superar la lógica de la descalificación mutua, promoviendo un diálogo respetuoso y fecundo entre diversas formas de conocimiento. Solo así es posible

construir una educación que honre la pluralidad epistémica y la dignidad de los sujetos que la habitan.

Desde este punto de vista, la actitud dialógica se concibe como una asociación complementaria, concurrente y, en ocasiones, antagonista entre diversas instancias necesarias para el desarrollo de la educación. Por ello, Villegas (2023) propone incorporar esta actitud en los procesos formativos, promoviendo la participación activa de todos los estudiantes y fomentando el análisis desde múltiples ópticas y áreas de estudio.

Esta apertura al diálogo no solo enriquece y valida las ideas propuestas, sino que también permite su modificación o mejora, reconociendo el valor de la diversidad epistémica y la construcción colectiva del conocimiento.

Resulta claro y, en esto insisto: no se trata de excluir otros paradigmas. La transcomplejidad, por el contrario, permite tomar lo mejor de cada mundo, integrando saberes diversos para configurar nuevas

formas de conocimiento. ¿Cómo lograrlo? A través de una actitud de cuestionamiento permanente, pero no uno estéril, sino uno que se traduzca en acción transformadora.

Como educadores, ¿Qué podemos hacer? Félix Adam lo expresaba con claridad: “cada aula es una palestra pública al servicio del pensamiento crítico”. Hoy, con el acceso a internet, las posibilidades se amplifican, abriendo espacios para el debate permanente y abierto. Esta visión también fue compartida por Estévez (ob. cit.) en el marco de la jornada que dio origen a este texto, reafirmando la necesidad de una pedagogía dialógica, plural y comprometida con la transformación.

Siendo así, esta acción exige reconocer que el conocimiento no se produce en aislamiento, sino en redes vivas de interdependencia. Las aulas, los foros digitales, las comunidades de práctica y los espacios institucionales son escenarios donde se entretejen saberes, afectos y decisiones. En estos, la transcomplejidad no solo se piensa, se vive en la

forma en que se problematizan los contenidos, se reconocen las voces excluidas, y se construyen horizontes comunes desde la diferencia.

Por ello, el rol del educador transcomplejo es el de un tejedor de preguntas, un facilitador de encuentros, un cuidador de procesos. La educación se convierte en una práctica política y afectiva, capaz de articular lo local y lo global, lo ancestral y lo emergente, lo normativo y lo utópico.

Desde la Red de Investigadores de la Transcomplejidad (REDIT), en intercolaboración con otros actores, se propone una visión transcompleja de la sociopolítica educativa como una trama dinámica y multidimensional que entrelaza pasado, presente y futuro, articulando complementariedades epistémicas y metodológicas.

IV. PARTICIPACIÓN DE INVESTIGADORES

Este capítulo recoge el espíritu vivo del conversatorio sostenido entre la ponente, en adelante Villegas y los investigadores participantes en la conferencia, que dio origen al texto. Más que una simple exposición, se trató de un espacio dialógico, plural y profundamente reflexivo, donde las voces se entrelazaron para construir sentidos compartidos en torno a la sociopolítica educativa desde una perspectiva transcompleja.

Las intervenciones, preguntas y resonancias generadas durante el encuentro no solo enriquecieron el marco conceptual propuesto por la autora, sino que también evidenciaron el compromiso ético y epistémico de los asistentes con la transformación educativa. De modo que, este capítulo documenta el intercambio, reconociendo la participación como un acto de co-creación, donde cada palabra pronunciada se convierte en semilla de pensamiento crítico y acción colectiva.

Aportes y Reflexiones

En este espacio, la participación se entendió como un acto de reconocimiento mutuo, donde las voces académicas se entrelazaron para ampliar horizontes, cuestionar certezas y co-construir sentidos desde la diversidad de experiencias, disciplinas y territorios.

Maroslee Díaz Guillén, de la UPEL Maracay, expresó su sincera felicitación por la excelente presentación y el valioso aporte realizado en torno a la transcomplejidad. Destacó que dicho enfoque, profundamente contextual y plural, refleja con claridad la riqueza epistemológica y la pertinencia metodológica de construir conocimiento desde múltiples perspectivas, reconociendo la diversidad como fuente de innovación y transformación educativa.

Al igual que el diálogo, la apertura a la diversidad del pensamiento y el rechazo a los paradigmas únicos son pilares fundamentales de la perspectiva transcompleja. Abordar la sociopolítica educativa

desde esta mirada implica comprender las realidades sociales sin caer en simplificaciones reduccionistas, reconociendo su complejidad, historicidad y dinamismo.

En este marco, la educación adquiere un papel vital: formar ciudadanos capaces de pensar críticamente, de dialogar con la incertidumbre y de adaptarse éticamente a un mundo en constante transformación.

Agrega, Diaz, sin duda alguna ha sido no solo informativa, sino inspiradora. Nos ha recordado la urgencia de adoptar un pensamiento más integrador e ideológico para afrontar los desafíos de nuestro tiempo, tanto en el ámbito sociopolítico como en el educativo.

De manera similar, **Leonardo Pulido**, señala: interesante disertación, estimula a la audiencia a continuar desarrollando el espíritu investigativo y crítico en todo aquello que promueve el crecimiento personal y profesional. Su reflexión destaca el poder

transformador del pensamiento crítico como motor de evolución individual y colectiva.

Por su lado, **Aníbal Bolívar** planteó que el paradigma transcomplejo propone un enfoque que trasciende la mera suma de las partes, al enfatizar las interrelaciones, la dinámica de los sistemas y la emergencia de significados. Desde esta perspectiva, se reconoce que los fenómenos sociopolíticos y educativos son inherentemente complejos y que su comprensión exige superar los modelos lineales y reduccionistas.

Este enfoque integral permite acceder a una lectura más profunda de la realidad, favoreciendo la identificación de patrones emergentes, la articulación de saberes diversos y la adaptación ética a los cambios del entorno.

Igualmente, **Darwin Galarraga** destaca que el abordaje transcomplejo en la sociopolítica educativa no solo es interesante, sino fundamental. Subraya la necesidad de que tanto los investigadores emergentes como aquellos ya consolidados en el

ámbito universitario profundicen en este enfoque, reconociendo, como lo expresó Villegas, que el pensamiento transcomplejo ha llegado para quedarse. Su incorporación es clave para comprender y transformar los múltiples aspectos que configuran la realidad sociopolítica educativa desde una mirada plural, dinámica y profundamente ética.

Todo ello, con miras a impulsar los cambios y transformaciones que demanda el sistema educativo venezolano en todos sus niveles, no solo en el universitario, sino también en la educación básica y media diversificada.

Se trata de renovar profundamente los procesos formativos, promoviendo una pedagogía que cultive el pensamiento crítico y reflexivo como base para una ciudadanía consciente, ética y comprometida con la transformación social.

Adicionalmente, Galarraga (ob. cit.) ratifica y sostiene que la transcomplejidad abre un abanico de oportunidades para el desarrollo del pensamiento crítico en los investigadores al no limitarse a modelos

exclusivamente cualitativos o cuantitativos. Este enfoque integra lo mejor de ambos, generando conocimientos más pertinentes y contextualizados frente a los desafíos sociales e históricos.

Esta flexibilidad epistémica no solo enriquece la producción académica, sino que también impulsa una transformación en la cultura investigativa, favoreciendo procesos más reflexivos, éticos y adaptativos en cada sujeto investigador.

A su vez, en el quehacer docente, la praxis exige liberarnos de ataduras y estructuras rígidas que limitan la capacidad de comprender y transformar. La transcomplejidad, en este sentido, ofrece una mirada más integral que reconoce tanto los aspectos positivos como los desafíos presentes en las realidades educativas. Desde esta visión, posibilita una comprensión más amplia y profunda del contexto nacional, nutrida por el debate continuo y permanente entre los diversos actores involucrados en el proceso educativo.

En la misma dirección, **Anthony Monsalve** señala que la transcomplejidad constituye un universo amplio y plural, donde convergen posturas diversas sin caer en la exclusión, dentro de un sistema de pensamiento sinérgico e integrador. En este marco, actúa como una esponja epistémica que absorbe las visiones de todos los participantes en un proceso investigativo, reconociendo que cada uno aporta un grado singular de experiencia, enriqueciendo así la construcción colectiva del conocimiento.

Se requiere con ello, del desarrollo de un proceso dialógico y dialéctico, enmarcado en dimensiones tanto cuantitativas como cualitativas, que trasciende la visión clásica paradigmática como fue expuesto anteriormente.

Se trata de un enfoque que inaugura un nuevo modelo de descubrimiento, capaz de revelar las realidades sumergidas en las capas más profundas de lo que convencionalmente se considera evidente,

abriendo así caminos hacia una comprensión más ética, plural y transformadora del conocimiento.

Más aún, la transcomplejidad también puede entenderse como un embudo epistémico que, a través de sus modelos emergentes, filtra y depura posturas teóricas y experimentales, permitiendo que trasciendan hacia implicaciones espirituales que desbordan lo ético.

En este tránsito, se concibe al ser humano como un ente creador, maravilloso y pleno de experiencias que habían permanecido invisibilizadas en los modelos tradicionales, abriendo así nuevas posibilidades para una comprensión más integral y reverente de la condición humana.

De este modo, en el ámbito sociopolítico de la educación, la transcomplejidad ofrece una perspectiva amplia y profundamente integradora para comprender este fenómeno social. Desde una mirada inclusiva que abarca lo social, cultural, ético y tecnológico, se destaca la participación ciudadana

como eje fundamental para impulsar procesos de transformación.

En este molde, los actores del sistema educativo, desde sus diversas posturas cognoscitivas, pueden incidir activamente en la formulación de propuestas que contribuyan a mejorar los procesos educativos, fortaleciendo así una cultura democrática, plural y adaptativa.

Sin duda, todo estudio amplio debe acoger múltiples formas de pensar, respetando la singularidad de cada participante. Cada postura profesional aporta una mirada única sobre los fenómenos, desde dimensiones que considera prioritarias.

Esta diversidad epistémica es esencial para la construcción conjunta de una nueva realidad educativa, sustentada en la sinergia transformacional que propone la transcomplejidad: una praxis abierta, inclusiva y profundamente comprometida con el cambio.

En opinión de, **José Romero**, abordar la sociopolítica educativa desde la transcomplejidad implica concebir la educación como un proceso profundamente complejo e interconectado, orientado a la transformación social mediante la participación activa, la integración de la diversidad y el desarrollo de habilidades para su comprensión crítica.

Es resignificar la educación desde esta perspectiva en una redimensión del hecho educativo, reconociéndolo como una realidad multifactorial que exige nuevas lecturas, nuevas prácticas y una apertura constante al diálogo plural.

Por su parte, **Carmen Pérez** plantea que comprende la complementariedad transcompleja como una forma de reconocer que la realidad se construye en la interrelación constante entre lo racional y lo emocional, lo científico y lo vivencial, lo individual y lo colectivo. Todo ello parte del ser humano como eje integrador, capaz de articular dimensiones diversas en la construcción de sentidos

y saberes que reflejan la complejidad de la existencia.

Mientras tanto, **Yenny Dayana Kanzler** señala que, en el entramado complejo de la sociedad contemporánea, donde los desafíos emergen cada vez más interconectados y las respuestas demandan una mirada integral y transdisciplinaria, el trabajo en equipo se configura como una de las herramientas más poderosas y adaptables. Su capacidad para articular saberes, experiencias y perspectivas diversas lo convierte en un eje estratégico para afrontar la diversidad con creatividad, ética y corresponsabilidad.

De hecho, el trabajo en equipo no se reduce a una mera suma de individualidades, sino que constituye una sinergia que amplifica los esfuerzos y potencia los resultados. Es decir, sus beneficios van más allá de la productividad, generando impactos significativos en el desarrollo personal y colectivo, la capacidad de innovación y la resiliencia organizacional. ¿Qué opina usted? En este sentido,

el equipo se convierte en un espacio de co-creación, aprendizaje mutuo y transformación compartida.

Interrogantes y más reflexiones

De la misma forma, en el transcurso del conversatorio, surgieron preguntas y reflexiones que no buscan cerrar el debate, sino abrir nuevas rutas de pensamiento. Estas inquietudes, formuladas desde distintas voces y experiencias, revelaron la vitalidad del enfoque transcomplejo como herramienta para interrogar la educación, la sociopolítica y las propias prácticas investigativas. Más que respuestas definitivas, lo que aquí se recoge son provocaciones epistémicas que invitan a seguir pensando, dialogando y transformando.

Durante la interpelación, pregunta **Sofía Martínez**: ¿Qué la convocó personalmente a formar parte de la construcción teórica de la transcomplejidad y qué sentidos ha ido descubriendo en esta para comprender la educación como un entramado epistémico, afectivo, ético, espiritual y estructural?

A lo que Villegas señala: “Siempre me ha parecido revelador lo que planteamos, porque la transcomplejidad no fue una decisión consciente; vino a nosotros. No nos propusimos construirla, pero cuando lo advertimos, ya estábamos inmersos en esta.

Y eso, precisamente, es la verdadera investigación: aquella que acontece cuando, como educadores e investigadores, dejamos de estar conformes con lo que hacemos o con lo que está ocurriendo. Es en ese desacomodo ético donde emerge la necesidad de transformar.”

Cuando surgió la idea, me desempeñaba como directora de posgrado en una universidad y como suele ocurrir en los espacios académicos comprometidos con la transformación, estábamos en constante búsqueda de mejoras. En el centro de investigación, se hacía cada vez más evidente la necesidad de explorar nuevos enfoques que respondieran a los desafíos contemporáneos y a las

tensiones no resueltas en nuestras prácticas educativas y científicas.

Decidimos entonces emprender un posdoctorado en Ciencia de la Educación, el cual diseñamos, organizamos y cursamos colectivamente los doctores que conformábamos el Decanato de Posgrado en aquel momento. Bajo la guía de dos grandes pensadores venezolanos: Silvio Llano de la Hoz (+) y Agustín Martínez, sostuvimos reuniones mensuales durante dos años, desde 2003 hasta 2005.

Durante este tiempo, se generaron discusiones profundas en torno a las conferencias impartidas por los coordinadores y por invitados especiales, así como sobre los libros que leíamos en colectivo. Las reflexiones giraban en torno a diversidad de temáticas.

Entre estas emergieron: la complejidad y la transdisciplinariedad, no desde la perspectiva de un autor único, sino a partir de una diversidad de materiales que estos maestros generosamente

compartían. Como resultado de ese proceso dialógico y plural, se acordó la elaboración de un libro colectivo, cuya portada corresponde a la primera imagen que aparece en la figura 1.

Cuando todos los capítulos estuvieron listos y el grupo organizador se reunió para compilar el libro, surgió espontáneamente la idea de incluir la palabra transcomplejidad en el título. Curiosamente, el texto no abordaba directamente el tema, ni había sido planteado formalmente durante los estudios posdoctorales.

Por eso, siempre afirmo que la transcomplejidad vino a nosotros: no fue una elección deliberada, sino una revelación que emergió desde la práctica reflexiva, como signo de una búsqueda que ya nos habitaba.

En el libro, cada quien abordó temas diversos desde su propia perspectiva. Sin embargo, durante el desarrollo del curso elaboré un escrito titulado La nueva ciencia transcompleja, que, al integrarse con los valiosos aportes de Nancy Schavino, fue

publicado en la Universidad Bicentenaria de Aragua (UBA), en la revista Ensayos de Investigación, 1(1), 2006, bajo el título **Paradigma Integrador Transcomplejo.**

Lo verdaderamente significativo de esta experiencia fue que, como personas y como docentes, nos mueve una inquietud constante. Como bien expresó uno de ustedes: siempre queremos más, siempre estamos en búsqueda, siempre aspiramos a construir soluciones que honren la complejidad de lo humano.

Aquel trabajo no se detuvo allí, continuamos investigando con entusiasmo. Tiempo después, recibimos una invitación para participar en un curso de investigación en la misma universidad. Al comenzar, el profesor, quien en ese momento era el director de investigación, señaló: “El curso consiste en hacer un libro. Pónganse de acuerdo, formen equipos.” No presentó contenidos ni materiales orientadores. Sin embargo, iniciamos el proceso con convicción. Podría decirse que, él propició el

aprendizaje autónomo, la colaboración y la construcción colectiva del saber.

Por giros inesperados de la vida, terminé coordinando este proceso, que culminó en la publicación de un segundo libro, cuya portada corresponde a la segunda imagen de la figura 1 y que condensó las primeras formulaciones de lo que entonces comenzamos a llamar “Enfoque Integrador Transcomplejo”.

En aquel momento, la palabra transcomplejidad no arrojaba resultados en internet; no existía ninguna cita ni referencia. Hoy, en cambio, al buscarla, se encuentran múltiples menciones, lo que evidencia cómo aquella intuición inicial se ha ido consolidando como un campo emergente de pensamiento y práctica.

Parte de la pregunta que planteaba Martínez ¿Qué me llevó a participar en esa construcción teórica? toca una fibra esencial de mi identidad. Siempre he sentido que mi vocación más profunda es ser profesora: motivo a estudiar a todo aquel que

se cruza en mi camino y constantemente me embarco en nuevos desafíos.

En el caso de la transcomplejidad, asumí el rol de liderazgo dentro del grupo, y junto a Nancy Schavino conformamos un equipo que, desde entonces y hasta hoy, continúa pensando, investigando y expandiendo los horizontes de este enfoque con convicción y compromiso permanente.

Martínez también preguntó: ¿Qué cosas ha encontrado? Lo más valioso que he descubierto es el poder de atreverse en grupo. Porque solos, quizás no nos animamos. Recuerdo que al finalizar cada conferencia solía decir: “Con temor y atrevimiento iniciamos la construcción de este pensamiento”.

Así como en algún momento de la historia se desestimó lo cualitativo por considerarlo no científico, la transcomplejidad también enfrentó resistencia en sus primeros años. Sin embargo, fue precisamente ese atrevimiento colectivo lo que nos permitió abrir camino y sostener una visión que hoy sigue creciendo.

A pesar de los desafíos, muchas personas e instituciones universitarias brindaron su apoyo, nos invitaron a compartir conferencias y, sobre todo, nos recordaron algo esencial: no debemos creer que ya lo sabemos todo. Cada día seguimos aprendiendo, explorando, buscando nuevas respuestas.

Creo que lo que más me ha motivado es mi vocación docente, ese impulso constante por construir algo mejor para Venezuela, para la educación. Y lo que he encontrado en este camino es invaluable: he aprendido muchísimo no solo sobre teoría, sino sobre humanidad, compromiso y esperanza.

Por eso el trabajo en equipo es fundamental. No necesitamos ser iguales, lo esencial es aprender a apoyarnos mutuamente. Se trata de reconocer que mis debilidades pueden ser complementadas por tus fortalezas, y viceversa. En ese intercambio sincero y colaborativo he encontrado un apoyo genuino, que no solo ha fortalecido mi labor, sino que también me

ha motivado profundamente a seguir construyendo desde lo colectivo.

En este sentido, el texto que se presenta a la comunidad académica es producto de este dialogo en colectivo, el apoyo invaluable de la Dra. Marluis Brizuela, al revisar varias veces el texto y por supuesto de uno de los grandes beneficios de la tecnología el registro del conversatorio solo quedaba darle vida. No sé si con esto he respondido todo, pero mi intención es clara: motivarlos a participar, a construir juntos algo que nos trascienda.

Igualmente, **Díaz Guillén** afirmó con convicción: “Sin duda alguna, usted es un Quijote de la investigación” Su dedicación incansable, su perseverancia y esa búsqueda constante de la verdad, desde la perspectiva de la transcomplejidad que usted encarna y expande en cada disciplina, universidad y territorio sin fronteras, constituyen una huella indeleble en el presente. Es una labor que no solo ha marcado el ahora, sino que seguirá inspirando futuros.

Seguidamente, **Edgar Sojo** planteó una interrogante crucial: ¿Cómo puede la visión transcompleja contribuir a repensar las dinámicas de poder y autoridad en las instituciones educativas, especialmente en contextos de crisis y transformación social?

A lo que Villegas responde: el trabajo en equipo tiene el poder de desmantelar las estructuras verticales de autoridad. En las instituciones educativas, todos somos iguales en dignidad, aunque portadores de experiencias diversas, como bien lo plantea la noción del sujeto transcomplejo: con distintas edades, biologías y trayectorias.

Esta igualdad se expresa en un proceso de horizontalidad, tal como lo proponía el maestro Félix Adam y reafirmaba Paulo Freire al sostener que el aprendizaje auténtico solo ocurre en colectivo.

Si realmente se logra instaurar el pensamiento transcomplejo en el ámbito universitario, las estructuras tradicionales de poder comenzarán a desdibujarse. La jerarquía, lejos de representar

dominación, podrá resignificarse como una posición orientada al servicio, al acompañamiento y al fortalecimiento del trabajo en equipo. En este marco, la autoridad universitaria no impone: facilita, escucha y co-construye.

Desde la visión transcompleja, el ejercicio de la autoridad no se traduce en poderío, sino en acompañamiento y en intercolaboración genuina. Utilizo deliberadamente la palabra “ayudar”, aunque con mesura, porque lo que propongo va más allá de la asistencia puntual: se trata de construir redes de intercolaboración entre instituciones, donde el saber, la acción y el compromiso se entrelazan en horizontalidad.

Un ejemplo clave fue el período de pandemia, quienes estaban mejor preparados ofrecieron apoyo a quienes enfrentaban mayores desafíos. Cada persona vivió la experiencia desde su singularidad, pero si el pensamiento transcomplejo logra instaurarse, se desmantelan las formas de poder innecesarias que obstaculizan la colaboración.

No se trata de sustituir una rigidez por otra, sino de cultivar la complementariedad. En ciertos momentos, algunos elementos de autoridad pueden ser necesarios, dependiendo de su propósito y uso, pero siempre enmarcados en un proceso de intercolaboración consciente, ético y horizontal.

Así mismo, **José Ramón García** planteó una pregunta clave: ¿Puede la visión transcompleja de la sociopolítica educativa transformar las estructuras de aprendizaje en la educación universitaria? Villegas responde: por supuesto que sí. Este enfoque propone que tanto el profesor como el estudiante están en constante proceso de aprendizaje, y eso es fundamental. No se trata de asumir que, por ejercer el rol docente en determinado momento, se posee todo el saber.

Al contrario, el diálogo y la participación activa de ustedes han enriquecido este texto, otorgándole una perspectiva que jamás tendría si lo escribiera sola. Esa es la esencia de la transcomplejidad:

construir saberes desde la interrelación, la humildad epistémica y el reconocimiento mutuo.

Incluso, este enfoque promueve un proceso colaborativo, no punitivo, alejado de las lógicas de evaluación tradicional. En lugar de ser medido desde afuera, el propio participante se convierte en agente reflexivo de su aprendizaje: reconoce cuánto ha aprendido, cómo lo ha hecho y qué sentido tiene ese proceso para él.

En otro momento, con honestidad y apertura, podrá decir: “Reconozco que no hice un buen trabajo”, no como confesión culpable, sino como parte de una ética del aprendizaje que valora la autoconciencia, la mejora continua y la responsabilidad compartida.

Al transformar la estructura de poder, también se transforma la estructura del aprendizaje. Esto implica reconocer que, aunque uno asuma el rol de facilitador, todos somos iguales en dignidad y capacidad de aportar. La horizontalidad no niega las responsabilidades pedagógicas, pero sí cuestiona

las jerarquías rígidas que obstaculizan el diálogo genuino.

Es cierto que en algunos niveles educativos esta transformación puede ser más compleja; sin embargo, en el ámbito universitario, donde se espera mayor autonomía y pensamiento crítico, es no solo posible, sino necesario.

También, **Miguel José Torrealba Vizcaya**, desde Barquisimeto, expresó el honor de participar en esta reflexión, abordando una temática de interés que se contextualiza en una cosmovisión tecnocientífica, educativa y profundamente humana. Su enfoque se enmarca en una perspectiva ontoaxiológica, guiada por una intencionalidad transcompleja que reconoce la interrelación entre el ser, el valor y el conocimiento como pilares para transformar la praxis educativa.

De manera similar, **Sulismar Gallardo**, desde El Tigre, compartió que conoció la transcomplejidad durante su maestría, gracias a las orientaciones de la profesora Evelin Ereú, a quien expresó su

profundo agradecimiento. En aquel entonces, se le decía que la transcomplejidad no constituía un paradigma y que debía seguir estudiando.

Sin embargo, las ironías de la vida revelan que hoy, en plena era de la inteligencia artificial, especialmente la generativa, estamos presenciando una transformación mundial que confirma la urgencia de pensar desde marcos transcomplejos.

Sigue Gallardo señalando, conviene subrayar que este fenómeno se conoce como la industria 4.0, y lo más significativo es su carácter rizomático: una red neuronal abierta, inacabada, en constante expansión. A partir de este punto, resulta imposible prever con certeza las variantes que adoptarán las tecnologías emergentes, más allá de la inteligencia artificial. Lo que se vislumbra es un entramado de acoplamientos dinámicos, impredecibles, que configuran una transformación radical en los modos de producción, aprendizaje y relación humana.

Dice en este contexto, lo más relevante es que la intención de mi tesis doctoral se centra en el

estudio de una cosmovisión tecno-andragógica, concebida como un modelo de desarrollo informático. Este enfoque responde a la naturaleza cambiante, inminente y emergente de las soluciones tecnológicas actuales, cuyo ritmo de transformación es impredecible tanto en alcance como en temporalidad.

Por eso siempre apoyo y aporto con convicción. Desde que conocí este enfoque, me ha apasionado profundamente. Me encuentro en un proceso constante de aprendizaje y expansión del conocimiento, y puedo afirmar con certeza que percibo el entramado que articula cada uno de sus elementos.

A lo que Villegas señala: siempre que entramos en debate por la transcomplejidad, expongo: “que es la vida misma”, cualquier elemento de la vida que se trate no puedes abordarlo desde una sola visión. Cualquier situación que se presente en la familia, en la calle, en el trabajo, no se puede abordar desde una sola visión.

Eso es precisamente la transcomplejidad: un entramado de múltiples visiones y posibilidades que emergen desde la diversidad disciplinaria. Por ello afirmamos que, en relación con la transcomplejidad, la inteligencia artificial puede ofrecer respuestas valiosas, pero también algunas que resultan imprecisas o insuficientes. Su utilidad depende del enfoque, la intención y la capacidad de diálogo que se establezca entre lo humano y lo tecnológico.

Precisamente a raíz de algunas respuestas poco acertadas ofrecidas por la inteligencia artificial, señalé al inicio del conversatorio la necesidad de puntualizar ciertos aspectos fundamentales: la transcomplejidad se inscribe en una perspectiva transdisciplinaria, no meramente interdisciplinaria.

Lo antes expuesto, no implica desconocer el valor de las disciplinas, ni de la multi o interdisciplinariedad; por el contrario, las reconoce y las integra, pero siempre orientadas hacia una superación de sus límites, en función de una mirada

transdisciplinaria que permita articular saberes desde la pluralidad, la ética y la apertura epistémica.

Cabe resaltar, que es fundamental comprender que la transdisciplinariedad no es un camino sencillo, pues trasciende los límites de la academia tradicional. No se trata únicamente de articular disciplinas, como ya he señalado, sino de integrar también las creencias, los saberes populares y los conocimientos situados de las comunidades donde se desarrolla la investigación.

En este sentido, la transdisciplinariedad convoca tanto al conocimiento científico como a los saberes no científicos, reconociendo su valor, legitimidad y capacidad transformadora en contextos reales. Por ello, la transdisciplinariedad no ha sido fácil de instrumentar, a diferencia de la multidisciplinariedad, que suele adoptarse con mayor frecuencia en los entornos académicos.

Sin embargo, el solo intento de trascender el enfoque disciplinario ya representa un avance significativo. En esta dirección, la

transdisciplinariedad no solo reconoce la necesidad de integrar diversas disciplinas, sino que promueve una comprensión más profunda y plural de las realidades educativas.

En este contexto, en el año 2023, plantee que la educación constituye un acto deliberado de carácter político, que no trata solo de aprehender intelectualmente la realidad, si no de dejarse afectar por esta y transformarla. Implica comprometerse con el mundo, haciendo las preguntas que impidan quedarse de brazos cruzados.

Se necesita involucrarse, sentirse implicados con quienes nos rodean y poner en práctica una educación más abierta y comprometida que conecte la universidad con los desafíos enfrentados por los movimientos sociales, con objeto de repensar el injusto orden social actual y contribuir a reconstruir otro mundo posible (Villegas, 2023).

Resulta claro, el educador debe estar preparado para reconocer las diferencias y singularidades de cada estudiante y proponer las

situaciones formativas requeridas, para fomentar el diálogo y la participación de los estudiantes en el proceso educativo, promoviendo la construcción colectiva del conocimiento; así como la transformación social y la igualdad, cuestionando y desafiando las injusticias.

Otra intervención, fue la de **Yenny Dayana Kanzler,** el cual planteó una pregunta crucial: considerando la naturaleza transcompleja de los desafíos actuales en los ámbitos social, tecnológico y ambiental, ¿Cómo puede un liderazgo efectivo e integral gestionar la multiplicidad de perspectivas para fomentar la resiliencia y la innovación dentro de las organizaciones, particularmente en el contexto escolar?

Villegas responde: que la innovación, tal como lo señaló en un conversatorio, se articula con el enfoque STEAM: ciencia, tecnología, ingeniería, arte y matemáticas, al que recientemente se ha sumado la “H” de humanidades. Esta ampliación refleja dos

principios fundamentales de la transcomplejidad: la intercolaboración y la complementariedad.

En consecuencia, se requiere un liderazgo que no sea vertical ni individualista, sino profundamente colectivo, capaz de facilitar el trabajo en equipo y de integrar saberes diversos en procesos educativos transformadores.

Más aún, la idea, es que el liderazgo, aunque sea del Rector o del Director del nivel que sea, no puede ser en solitario. Debe contar con un equipo, que depende del nivel de liderazgo, lo llamará de la forma que corresponda, pero debe tener un equipo de asesores que puede variar de acuerdo con la temática que se trate. Porque la pregunta habla de desafíos ambientales. ¿Quién puede saber de la temática? Todos los docentes podrían saber lo que está ocurriendo, pero hay los expertos.

Lo mismo ocurre frente a los desafíos sociales, tecnológicos y aquellos vinculados a la inteligencia artificial. Si bien el líder puede esforzarse por actualizarse y adquirir conocimientos básicos en

estas áreas, es el experto, en tecnología, en IA, en ciencias sociales, quien posee la experiencia, maneja la información especializada y puede orientar con mayor precisión.

De ahí la importancia de conformar equipos diversos. Para que el liderazgo pueda integrar una multiplicidad de perspectivas, necesita contar con una multiplicidad de personas y esa composición no es fija: varía según la naturaleza del problema, adaptándose a los contextos y a los saberes requeridos en cada situación.

Entonces, desde la perspectiva de la transcomplejidad, el liderazgo no puede aferrarse a un equipo fijo. La naturaleza cambiante de los problemas exige una apertura constante a nuevas voces, saberes y experiencias. El equipo debe transformarse según el tema, el contexto y las necesidades emergentes. Esta flexibilidad no es una debilidad, sino una respuesta ética y epistemológica a la necesidad de integrar múltiples perspectivas.

Se adopta, la otredad, como presencia activa, como diferencia que enriquece, se vuelve indispensable. No se trata solo de sumar personas, sino de reconocer que cada problema convoca una configuración distinta de inteligencias, afectos y competencias. El líder transcomplejo, entonces, no dirige desde la permanencia, sino desde la adaptabilidad relacional.

En un primer momento, es natural que el líder convoque a quienes están más cerca, por cargo, por rol institucional, por afinidad operativa. Sin embargo, desde la visión transcompleja, esta linealidad debe ser cuestionada. Hay situaciones que exigen abrir el círculo, buscar fuera de la institución, incluso fuera de los títulos.

Hay personas que, sin credenciales formales, pueden ofrecer ideas valiosas, intuiciones certeras, guías inesperadas. Lo esencial es saber escuchar, no para aceptar todo sin filtro, sino para activar el discernimiento ético: ¿Será esto verdad? ¿Qué opinan otros? ¿Cómo lo contrastamos?

TRANSCOMPLEJIDAD Y SOCIOPOLÍTICA EDUCATIVA

El liderazgo transcomplejo se sostiene en el cuestionamiento permanente, en la búsqueda de consensos y acuerdos que no anulan la diferencia, sino que la integran como fuente de sentido.

En esta dirección reflexiva, **Carmen Pérez H** planteó otra pregunta clave: ¿Cómo se tensiona la transcomplejidad desde lo sociopolítico de la educación? Señaló Villegas, la transcomplejidad no se limita a una abstracción epistemológica, sino que se articula profundamente con lo sociopolítico al concebir la educación como un sistema dinámico y multidimensional.

Este sistema integra factores políticos, económicos, culturales, sociales y pedagógicos que no solo coexisten, sino que se influyen mutuamente en una danza de interdependencias. Sin duda, la tensión surge precisamente en el reconocimiento de estas influencias cruzadas: ¿Cómo educar en contextos marcados por desigualdad, exclusión o manipulación ideológica? ¿Cómo sostener una práctica educativa que no se reduzca a la

reproducción de estructuras, sino que las cuestione y las transforme?

Desde la perspectiva transcompleja, se vuelve urgente superar los enfoques reduccionistas y fragmentados que han limitado históricamente la comprensión de la educación. Esta visión propone una lógica de complementariedad, donde los factores y actores no se excluyen ni se jerarquizan, sino que se integran en una trama multidimensional.

Este análisis, se fundamenta en una transcomplejidad que promueve la articulación entre disciplinas, saberes diversos y dimensiones que suelen ser marginadas en los modelos tradicionales: lo cultural, lo social, lo cognitivo, lo afectivo y lo espiritual. Esta integración no es decorativa, sino estratégica, pues permite enfrentar los desafíos cambiantes de la educación actual con mayor sensibilidad, profundidad y adaptabilidad.

Se quiere con ello, en lugar de buscar respuestas únicas, se cultive la capacidad de sostener preguntas complejas, de dialogar con la

incertidumbre y de construir sentidos compartidos desde la diversidad.

También la tensión sociopolítica se manifiesta en la necesidad de resignificar las prácticas educativas y las políticas públicas para que sean inclusivas, participativas y promuevan el desarrollo integral y crítico del ser atendiendo a la diversidad cultural y a las demandas de la sociedad globalizada, en constante cambio.

Lo planteado impone la necesidad de modelos educativos flexibles, integradores y transformadores. Al respecto, Villegas y Alfonzo (2021, p.10) proponen una educación transcompleja:

> … de complementariedad que implica la posibilidad de hibridar contextos, disciplinas, enfoques, teorías y métodos, en una nueva forma de educar colaborativa, creativa e innovadora,…que reconozca el valor de un aprendizaje junto a otros, donde el docente se asuma como un líder…con fortaleza interior, en formación permanente; el estudiante resignifique su papel… dispuesto a aprender de otros y con otros…

El conversatorio culmina con las palabras del Dr. **Miguel Antonio Rodríguez**, de la Universidad Nacional Abierta, quien expresa con emoción: “Hoy se ha presentado un manjar epistémico dentro del mundo de la transcomplejidad. Realmente, oírla es disfrutar un recorrido universal de lo que significa la transcomplejidad en el mundo del pensamiento humano”

Sin duda alguna, el abordaje que hoy se ha presentado con tanta elegancia nos ha envuelto en un magno conocimiento que no solo inspira, sino que convoca. Este enfoque despierta el interés y la responsabilidad de que las universidades asuman el desafío de incorporar la transcomplejidad como eje para el desarrollo integral de todos los campos del pensamiento.

En este sentido, la Universidad Nacional Abierta reafirma su disposición y compromiso para avanzar en esa dirección, reconociendo que el pensamiento plural, ético y transformador es clave para responder a las exigencias del presente y del porvenir.

El abordaje realizado nos convoca a una atención renovada sobre dimensiones gnoseológicas que, por su profundidad y pertinencia, merecen ser incorporadas como objeto de estudio sistemático dentro de la universidad. La calidad y densidad de las informaciones compartidas nos interpelan, haciéndonos sentir el llamado a embarcarnos en esta nave del conocimiento, no como pasajeros aislados, sino como parte de una travesía colectiva.

Tal como se ha señalado con acierto, este crecimiento solo puede darse en equipo, en diálogo constante, reconociendo que el saber se construye en la intersubjetividad, la pluralidad y el compromiso ético.

Las universidades deben comprender, con urgencia y profundidad, que los enfoques fragmentarios del conocimiento ya no responden a las exigencias del crecimiento ni del desarrollo humano integral. Es imperativo transitar hacia una epistemología de la interacción, donde los

pensantes - desde diversas disciplinas y territorios - compartan saberes, experiencias y horizontes.

Esta articulación interuniversitaria no solo fortalece la capacidad de resolución de problemas complejos, sino que amplía el sentido mismo del conocimiento, transformándolo en herramienta viva para la justicia, la innovación y la transformación social.

¡Juntos podemos lograrlo! Desde nuestro centro local, reiteramos la plena disposición para acoger estos encuentros de intercambio plural, donde las ideas, las opiniones y los saberes se entrelazan en un tejido vivo de pensamiento crítico. Este pensamiento debe estar presente en cada universidad y especialmente en el corazón del equipo profesoral que nos acompaña con compromiso y visión.

Ha sido un verdadero placer compartir esta hermosura, esta exquisitez de conocimiento que, ha despertado en nosotros una fuerza transformadora. Lo que hemos vivido no es solo una actividad

académica: es un tsunami de conciencia, de renovación y de esperanza.

Las palabras de Miguel estimulan y con la ayuda de Perplexity diremos que:

> En la trama densa del saber
> la transcomplejidad invita a ver la educación
> como un descubrir, transformar y crear.
> No hay camino único ni verdad fija;
> sino un espacio donde todo se entrelaza
> ideas, emociones, ciencia y razón,
> complementando explicación, comprensión,
> transformación y recreación.
> Educar es navegar sin certezas, abrazar el todo sin barreras
> Un viaje profundo, múltiple y vivo,
> donde cada mente es un puente y motivo
> para aprender sin fin, con humildad,
> en la diversidad de la realidad.

REFERENCIAS

ASAEE (2020). ¿Qué es la Antropología? asaee.antropologia.org/…

Estévez, M. (2025).*Triada Política, Sociedad y Educación.* Ponencia en Jornada REDIT-UPEL. https://shre.ink/xmQe.

Espinosa Andrade, M. (2024). La economía de la educación. *Revista científica Caminos de Investigación,* 5(1), 1-15. https://caminosdeinvestigacion.tecnologicopichincha.educec/

Etecé (2025). *Computación*. https://etece.com/

Fandiño, I. (2018). La Educación desde la perspectiva del Enfoque Crítico-Transcomplejo. https://www.academia.edu

Fernández, A. (2006). Epistemología transcompleja. *Revista Logogrifo*. Ala de Cuervo. Disponible en: http://aladecuervo.net/logo/grifo/0608/epistemologia.htm.

Fraca, L. (2006). *La ciberlingüa. Una variedad compleja de lengua en internet.* UPEL

Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido.* Siglo XXI Editores.

Gayubas, A. (2025). *Ciencias Políticas. Enciclopedia. Concepto*. Disponible: https://conceptode/ciencias-políticas/

Hildt, E. (2015). Ética y educación: dilema y estrategias en la enseñanza de la ética. *Filosofía y teoría educativa*, 47(8), 834-847.

León Suárez, J. (2019). Hermenéutica dialógica: claves para pensar la escucha en la educación, *FOLIOS,* 49, 71-81.

Levinson, M. (2015). Lesión moral y ética de la injusticia educativa. *Harvard Educational Review*, 85(2), 203-228.

Najmanovich, D (2001). Epistemología: Una mirada postpositiva. **Programa de Seminarios por Internet**. Edupsi.com

Nicolescu, B (1999). **La Transdisciplinariedad** – Manifiesto de Basarab. Editions du Rocher –

Collection Transdiciplinarite. Traducción del Frances Consuelle falla Garmilla

Pérez Alonso, P. (2011). Antropología: Contribución al Estudio de la Educación. *Revista Portuguesa de Pedagogía* Extra-Serie, 35-43.

Restrepo, P. (2023). Ética y educación: construyendo valores en el aula. *Revista de Pedagogía*, 19(3),78-92.

Rodríguez Quiles, D. V., Chávez López, C., Velázquez Ruiz, D & Salgado Vargas, C. K. (2025). *Tecnologías disruptivas, sustentabilidad e inclusión en la educación superior*. EDP University of Puerto Rico

Sacristán Gómez, D. (1988). La función sociopolítica de la educación. *Revista Española de Pedagogía,* XLVI (46),181,491- 498.

Salazar, S. (2012). *Reflexiones sobre el uso del lenguaje en la investigación transcompleja*. En la transcomplejidad una nueva visión del conocimiento. REDIT

Schavino, N y Villegas, C. (2006). *El Paradigma Integrador Transcomplejo*. Ensayos de Investigaciones 1(1). Venezuela: Universidad Bicentenaria de Aragua.

Valenzuela Espinoza, I. (2014). Economía Política Cultural: Una nueva propuesta teórica para el estudio de la economía y la cultura. *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, 13(39), 1-17. Chile. CISPU. http://www.redalyc.org.

Velasco Orozco, J y Reyes Montes, L. (2011). Antropología y educación: notas para una identificación de sus relaciones. *Contribuciones desde Coatepec*, 21, 59-83. Universidad Autónoma del Estado de México.rcontribucionesquaemex.mx

Villegas, C, Schavino, N et al. (2006). *La investigación: Un enfoque integrador transcomplejo*. Venezuela: Universidad Bicentenaria de Aragua.

Villegas, C; Schavino, N; Casado, R et al. (2006). *Cosmovisiones de la Educación en el Contexto de la Transcomplejidad*. FEUBA.

Villegas, C. (2012). *La Transcomplejidad. Una nueva forma de pensar.* Académica Española.

Villegas, C. (2012). Resignificar la Educación desde la Transcomplejidad. *La Transcomplejidad: Una Nueva Visión del Conocimiento.* San Juan de los Morros, Venezuela: REDIT

Villegas, C. (2012). *El Deporte desde Una Visión Transcompleja*. San Carlos: Universidad Deportiva del Sur.

Villegas, C. (2016). Vía investigativa del enfoque integrador transcomplejo. Vías investigativas de la transcomplejidad. Venezuela: UBA

Villegas, C y Silva, R. (2019). *¿Cómo hacer una Investigación Transcompleja?*. ESCRIBA.

Villegas, C y Alfonzo, N. (2020). Transpedagogía y las cibercomunidades de aprendizaje como alternativas prácticas. *REEA*, 5(II), 56-68. CESPE. http://www.eumed.net/rev/reea.

Villegas, C y Alfonzo, N. (2021). *Educar en contextos de tecnologías emergentes. V1, N1* https://revistascespe.com/index.php/REVEPTE/article/view/5.

Villegas, C. (2023). *Hacia una pedagogía crítica transcompleja. Una pedagogía crítica desde la experiencia venezolana*. https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9159525.

Villegas, C. (2024). *Transepistemología de la Investigación Transcompleja*. FEREDIT

Ziadet Hernández, E; Andrade Rodríguez, N y Palacios Montoya, L. (2025). Análisis de la ética en la educación y su formación integral y desarrollo moral de los estudiantes. Revista Social Fronteriza, 5(2), e639.

.

Crisálida Villegas González

El libro **Transcomplejidad y Sociopolítica Educativa** se organiza en cuatro capítulos interconectados que trazan un recorrido desde lo conceptual hasta lo vivencial. El primero, Acercamiento a la sociopolítica educativa, introduce las bases teóricas y contextuales del tema. El segundo, Revisitando el pensamiento transcomplejo, invita a repensar esta perspectiva desde nuevas aristas. El tercero, Una visión transcompleja de la sociopolítica educativa, integra ambos enfoques en una lectura integral y dinámica. Finalmente, el cuarto capítulo, En diálogo con los participantes, recoge voces, experiencias y saberes que enriquecen el debate. Se espera que este entramado motive a los lectores a continuar generando reflexiones críticas y diálogos fecundos entre el pensamiento transcomplejo y la dimensión sociopolítica de la educación.